

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Vida universitaria

II

Cuadernos del Archivo de la Universidad **47**

Lima, 2007



Rectores PUCP

De izq. a der.: Ing. Luis Guzmán Barrón Sobrevilla,
Dr. Salomón Lerner Febres, Ing. Hugo Sarabia Swett,
R.P. Felipe Mac Gregor S.J. y Dr. José Tola Pasquel

Presentación

Ningún mejor título que *Vida universitaria* para recorrer los muchos años que he visto transcurrir en la PUCP, sin importar en qué partes de la ciudad o en qué edificios.

Exactamente, tuve la suerte de conocer a aquellos que me hicieron llegar los recuerdos y los antiguos anhelos, eran los jóvenes profesores algunos de los cuales habían conocido al Padre Jorge, habían sido de los escasos alumnos que poblaban la Católica de entonces, y ya eran nuestros maestros. Su experiencia y sus memorias nos llevaban ya no a la fundación, pero sí a las siguientes cercanas generaciones.

Aprendimos así a conocer, un poco sorprendidos, la figura del Padre Jorge, que se nos presentaba sobre todo como un hombre sencillo, lejos de toda iluminación de grandeza, como habíamos supuesto para una Universidad que ya tenía prestigio suficiente, prestigio por el cual nos habíamos decidido a formar parte de sus aulas, sin saber que la PUCP tenía para darnos mucho más que prestigio.

Se nos hablaba también de José de la Riva-Agüero y de la importante donación de sus bienes, lo que nos trasportaba a los proyectos y los anhelos. Estaba Pando, prácticamente separado de la ciudad y su centro, real eje de la Lima de esa época, y que en cada año se nos anunciaba como el último de nuestra estancia en los antiguos e históricos locales, y nuestro traslado “el año entrante” al nuevo *campus* universitario. Estamos hablando de los años 60.

Lo que creo que no imaginé nunca –y en este caso hablo en primera persona–, fue la atracción, que terminaría siendo permanente de

esto llamado “vida universitaria”. Era haber encontrado un lugar donde “vivir” de una manera particular: recuerdo por ejemplo la nostalgia que sentíamos de no estar en sus aulas o patios cuando estábamos de vacaciones, lo que ciertamente compensábamos con la asistencia al Instituto Riva-Agüero.

¡Cuánto nos estaba dando la Universidad en calidad de trato, en amistad, en sencillos y cotidianos momentos, y en experiencias de compartir conocimientos y vivencias!

Felizmente muy pronto nos captó el Instituto Riva-Agüero. Eran otros tiempos, menos complicados, menos consumistas, y como tal, Riva-Agüero nos atrajo con un ofrecimiento singular que quizá hoy no tendría resultados: allí se leía, investigaba, eventualmente se publicaba, a cambio de nada material. Ni pagos, ni reconocimientos, ni títulos, solo el placer de trabajar. Tampoco es verdad que hubiera una respuesta masiva, pero allí llegaban unos cuantos que permanecían y que finalmente, en muchos casos, se convertirían en investigadores reconocidos y profesores. Riva-Agüero fue en gran medida una cantera para la Universidad.

Compartimos entonces Riva-Agüero con la Facultad de Letras. Riva-Agüero nos dio más todavía, esa sensación de vida universitaria; por muchos años complementó a la Facultad: cuán sólidos fueron los conocimientos –y hasta los hábitos– que obtuvimos en las lecturas y clases del IRA, en su admirable biblioteca, y de los jóvenes profesores salidos de sus acogedores salones. Nos enseñaron a ir a las fuentes, pero sobre todo fueron impregnando un modelo de coherencia, de descubrir por sí mismo, de escuchar o leer opiniones distintas, abrirse al diálogo, y finalmente mantener o no las propias ideas.

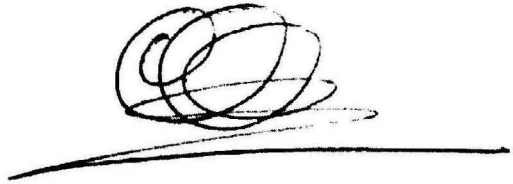
Debemos al IRA –contra lo que muchos creían y creen– un modelo de honestidad intelectual que tuvimos la enorme suerte de vivir día a día y que fue calando, sin duda de manera variable y en distinta medida, en nosotros. Quizá no todos alcanzamos plenamente ese modelo, pero supimos en qué consistía y no pudimos ignorarlo.

Absorbimos desde la Facultad de Letras y el IRA este espíritu de la PUCP; difícil de tener entonces una visión más general, dispersos como estábamos en el centro de Lima y algunos en Pando, alumnos y profesores con los cuales –excepto en la Semana Universitaria– no nos veíamos y menos hablábamos nunca. Quizá algo vislumbrábamos en el desfile “alegórico”, paseo de antorchas lo llamaban, por el jirón de la Unión; en la “miscelánea” (desaparecida porque se convirtió en la oportunidad para hacer mucho ruido aplaudiendo a la propia facultad y silbando, por decir algo suave, a todas las demás, hasta el punto que ninguna institución nos quiso prestar al año siguiente su auditorio). Allí realmente “aparecían” unos alumnos extraños con grúas, caballos, etc., los de Agronomía, de los cuales no volvíamos a saber nada después.

Eso hemos ganado con el tiempo: hay un *campus* común, un paisaje común, cafeterías, bibliotecas, donde de alguna manera se gesta una forma de ver el mundo, de confrontar las propias ideas, de dialogar y convivir con otras, aparte de la propia idiosincrasia profesional. La vida diaria ha calificado a los extremos del *campus* como el de los “cuadriculados” y el de los “rayados”, y en las cafeterías, las de los doctores y las de los ingenieros, sea quien fuere el que asiste a cada una de ellas. Pero aparte de estas simplificaciones, lo cierto es que la experiencia de caminar por la llamada avenida Mac Gregor es la de escuchar, entre muchas otras cosas, las conversaciones estudiantiles sobre los más diversos temas académicos.

Así fue y es nuestra “vida universitaria”: para algunos fugaces e igual de inolvidables años de preparación profesional al cabo de los cuales se marchan a trabajar en sus respectivas carreras, o adonde los lleve la exigencia del mundo laboral, pero cargados siempre de amigos y de admiración –o no– por ciertos maestros, pero siempre de recuerdos comunes. Para otros, para mí, una manera peculiar de vivir formada desde nuestro tímido ingreso a la PUCP hasta terminar nuestro tiempo laboral a su servicio, y también probablemente lo será después. Porque aquí estuvieron y están nuestros amigos más queridos, que fueron nuestros compañeros cada día desde su juventud hasta su partida final, nuestros inacabables conocimientos adquiridos diariamente en

amenas y entretenidas conversaciones cotidianas e informales al lado de una taza de café, con los mejores especialistas en tantos campos que también eran nuestros entrañables amigos, nuestros recuerdos, nuestros momentos buenos y malos, alegres y tristes, es decir toda una vida real, una vida universitaria.



Carmen Villanueva Villanueva
Profesora principal
Departamento de Humanidades

El espejo tiene dos lados: ¿De cuál de ellos estás tú?

Mario Alva Matteucci

Al momento de elaborar esta pequeña reseña trato de recordar los momentos que he vivido en la Universidad y son tantos que debo hacer una revisión, selección, clasificación, que al final deseo escribir tanto y debo limitarme por cuestiones de espacio.

Los instantes de la vida quedan registrados en nuestra memoria, la cual de vez en cuando los hace emerger, por distintos motivos, el apreciar una fotografía, el recibir la visita de un amigo, conversar con un ser querido, pasar por los mismos sitios que uno caminó reavivan nuestros recuerdos.

El título del presente artículo tiene algo de cierto, en la medida que nos vemos en un espejo notamos que nuestro reflejo también nos mira, se mueve al igual que uno, nos observa y nos da la impresión que estamos en dos dimensiones, en la nuestra y en la otra, aquella en la cual nuestra figura parece prisionera. Esa misma sensación la percibo cuando observo fotografías, en donde misteriosamente se siente que todos los personajes que aparecen en ellas te miran fijamente, creo que ello se debe simplemente a que quien tomó la foto pide que mires el lente, bajo diversos estilos "miren el pajarito", "digan whisky", "digan chis" y esa imagen queda inmortalizada.

A veces en el transcurso de nuestras vidas nos encontramos en situaciones opuestas y cuando sucede ello me parece que se presenta la figura del espejo. Veamos a continuación algunas vivencias que recuerdo han sucedido al interior del *campus* universitario.

1. Postulante vs. estudiante

Recuerdo cuando mi hermano mayor y yo postulamos a la Universidad Católica en el mes de agosto de 1985, él ingresó a Química Pura y yo no ingresé a la especialidad de Arqueología,

meses después ingresé a estudiar Historia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Mi madre me permitió postular en una segunda oportunidad junto con mi hermano menor en el mes de agosto de 1986, luego de verificar los resultados del examen, mi hermano menor ingresó a Ingeniería Civil y yo nuevamente no ingresé a Arqueología.

Como según se dice que “a la tercera va la vencida” decidí postular por última vez a la Universidad Católica pero esta vez a Derecho e ingresé, sin embargo siempre me ha quedado la idea de estudiar Arqueología, creo que en alguna medida me calma la idea que si bien no seguí los estudios de dicha carrera por lo menos alguien en la familia sí los culminó y sobre todo es alguien famoso, me refiero al célebre arqueólogo Walter Alva, el cual según mi tío es pariente de todos modos al ser de Contumazá - Cajamarca.

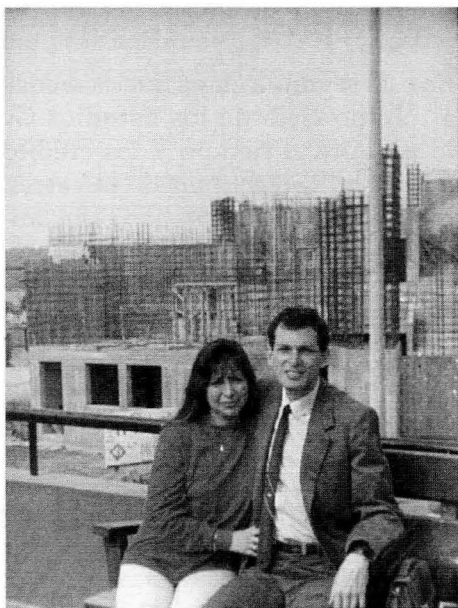
El haber participado en tres oportunidades como postulante y solo haber ingresado a la Universidad a la tercera vez me ha permitido valorar el esfuerzo que los padres realizan y el compromiso que uno asume para no defraudarlos. Les soy franco, yo ya me había desanimado y pensé continuar en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pero la terquedad de mi madre y su apoyo lograron que me quedara para siempre en la Católica.

Una vez que ingresé estuve del otro lado del espejo, es decir asumí la condición de estudiante y como tal los esfuerzos por permanecer en la Universidad se doblegan, ya que se debe revisar bibliografía, estudiar en grupo, asistir a clases, efectuar trabajos de manera individual y colectiva, verificar los horarios de clases, entre otras cosas.

Recuerdo bastante que cuando revisaba una vitrina para copiar los horarios alumnos de otros ciclos me preguntaron “cachimbo” ¿Quién te ha tocado en *Lengua 1?*, yo les respondí que me correspondía el T1 con la profesora Beatriz Mauchi y me comentaron que me cuide porque seguramente salía desaprobado del curso. Ello me inquietó y me generó curiosidad por conocer a la profesora Mauchi.

Evoco el momento cuando llegó la primera clase y muchos de los compañeros tenían el mismo temor que yo, toda vez que los alumnos de ciclos superiores les habían hecho el mismo comentario. Cuando la profesora Mauchi pasó lista y llegó a mi nombre me pidió que me acercara, cuando lo hice me preguntó cómo se llamaba mi madre, pregunta que me desconcertó totalmente, pero le respondí que se llamaba Aída, tiempo después me enteré que una de mis tías maternas que vive en Dinamarca se llama Ida y fue compañera de clase y amiga de la profesora Mauchi, recién allí pude desentrañar el misterio de la pregunta.

Mi paso por los Estudios Generales Letras se produjo entre los años 1987 y 1988, hace exactamente veinte años, era más delgado y contaba con más cabello que en la actualidad, conforme iban pasando los ciclos uno va conociendo más personas, forma círculos de amigos, entiende de un mejor modo las reglas de los créditos, los cursos y los ciclos. Pero también hubo un momento en que el amor llegó a mi vida, en abril de 1988 me presentaron a una amiga llamada Rosa Ciudad Ramírez, con quien posteriormente entablamos una amistad más duradera hasta que el 2 de noviembre de 1988 le pedí formalmente que sea mi enamorada, ella aceptó y desde allí no nos hemos separado, pero adivinen dónde aquel enamorado flechó a su amada, en el primer piso de la Biblioteca Central, un día que gracias a Dios ella se confundió de horario de clase y la pude ubicar en dicho recinto.



Mario Alva Matteucci y Rosa Ciudad Ramírez en el segundo piso de la Facultad de Derecho PUCP, en 1992.

Les cuento que desde ese momento estamos juntos porque en la actualidad es mi esposa y la madre de mis dos retoños, Gianmario de 9 años y Bianca Sofía de casi 5 años, el año pasado cumplimos diez años de casados.

Es verdad que cuando uno es estudiante piensa de manera distinta que un postulante y también viceversa, verificándose dos lados de un espejo como una metáfora.

2. Estudiante de Estudios Generales Letras vs. estudiante de Facultad

En esta segunda etapa quería mencionar que cuando uno va llegando al último ciclo de los Estudios Generales Letras, puede, si así se lo permite el tiempo y los créditos por llevar, adelantar algunos cursos en la Facultad de la carrera a la cual uno postuló cuando ingresó a la Universidad. En mi caso particular me refiero a la Facultad de Derecho.

Cuando adelanté dos cursos en la Facultad de Derecho era frente a mis compañeros de Letras una persona con criterio, que miraba el mundo desde otra perspectiva, con muchas ansias de avanzar y mis compañeros me habían colocado en un pedestal. Sin embargo, desde el punto de vista de los estudiantes de la Facultad de Derecho era un alumno “cachimbo de facultad”, el que aún no conoce mucho, que debe esforzarse para entender los conceptos jurídicos que ellos ya manejan por el mayor número de años en la especialidad.

En realidad pasé de un mundo de aulas grandes, ventiladas, amplios espacios para conversar a las casetas de Derecho a las cuales se las llamaba cariñosamente “gallineros”, en donde los alumnos debían entrar en carpetas colectivas, las aulas no eran lo suficientemente ventiladas y en época de verano se sufría al escuchar las clases.

Creo que mi promoción de la cual formé parte al ingresar a la Facultad de Derecho fue una de las últimas en estudiar en las famosas casetas y de verdad, es una experiencia inigualable.

Teníamos la ventaja al igual que la Facultad de Artes en empezar las clases dos semanas después que todas las otras facultades en el verano, con lo cual había tiempo para disfrutar las vacaciones. Por su propio diseño las carpetas permitían interactuar con los demás alumnos, el guardar sitio en caso se llegue tarde era una regla para los compañeros y en mi caso por mi enamorada (hoy mi esposa), esa idea de compañerismo se pierde un poco en un aula grande.

Luego de dos ciclos en la “antigua” Facultad pasé a estudiar al nuevo pabellón de Derecho, el cual significó un adelanto en las comodidades de estudio, la famosa aula 105 con carpetas elevadas permitía ver al profesor desde distintos ángulos, el auditorio que aún no se concluía y se prometía que se terminaría para graduarnos allí, el espacio que tenía “Fili”¹ para la entrega de notas.

Mi paso por la Facultad me permitió aprender temas diversos, técnicas de interpretación jurídica, entender conceptos jurídicos que antes no los comprendía y creo que en las conversaciones con otras personas que no son abogados a veces uno se expresa en términos técnicos que luego debemos explicar al resto.

Allí conocí a profesores como Manuel de la Puente y Lavalle, Javier Neves Mujica, Marcial Rubio Correa, Armando Zolezzi Möller, Francisco Eguiguren Praeli, Jorge Danós Ordóñez, Francisco Ruiz de Castilla Ponce de León, Elvira Méndez Chang, Miguel Torres Méndez, Carlos Montoya Anguerri, César Fernández Arce, Felipe Osterling Parodi, Humberto Medrano Cornejo, César Landa Arroyo, Beatriz Ramacciotti, Pierre Foy Valencia, Ricardo Salazar Chávez, entre otros. Al momento de elaborar esta reseña han regresado múltiples recuerdos y anécdotas de las clases a la memoria.

Ya en la Facultad de Derecho busqué algunos trabajos al interior de la Universidad, prueba de ello son los tres años que laboré en el desaparecido “Censo” que se debía pasar de manera obligatoria

¹ Un día aprendí de un amigo que la mejor prueba de demostrar que una persona estudió en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica era preguntarle si conocía a Filiberto, si su respuesta era negativa, de manera inmediata se conocía la respuesta. “Fili”, como cariñosamente se le llama, es un emblema. No hay promoción de Derecho que no le haya obsequiado un polo en las olimpiadas y “Fili” gustosamente los usaba.

como un requisito en la matrícula de los cursos en la PUCP, también en una oportunidad trabajé en un proceso de matrícula cuidando el acceso a las puertas de la Universidad y el trabajar como “alumno de apoyo” en la Biblioteca Central, en esa época estaba detrás del mostrador y ayudaba en la clasificación de los libros, el atender los pedidos de alumnos y profesores, además de rotar por casi todas las áreas de la Biblioteca.

Trabajé en la Hemeroteca, en el primer piso en apoyo a los alumnos de los Estudios Generales Letras (de allí también el otro lado del espejo que expliqué al inicio), luego me pasaron al segundo piso en donde recuerdo que entregaba libros a profesores y a mis propios compañeros de clase, finalmente me destacaron al tercer piso en donde se encuentran las tesis y libros de colección y de acceso solo a sala. Mis amigos festejaron mi pase por los diferentes pisos de la Biblioteca con una frase de un comercial de televisión de la época cuando mencionaban “ascendieron al flaco”, situación que hoy en día dirían “ascendieron al que fue flaco”.

Esos trabajos que había logrado obtener en mis épocas de estudiante y que me permitían solventar en algún modo los gastos por fotocopias, almuerzos y pasajes los tuve que dejar porque postulé como representante estudiantil ante la Asamblea Universitaria y al ser electo me enteré que si se ejercía una representación estudiantil no se podía contar con algún empleo o trabajo remunerado al interior de la Universidad, así que de manera inmediata pasé a la fila de los “desempleados”.

3. Estudiante vs. profesor universitario

El tercer tema que quería abordar de manera breve era el relacionado con la condición de estudiante y posterior desempeño del rol de profesor.

Observar una clase desde la carpeta tiene sus ventajas, se está en una posición cómoda, se puede efectuar consultas, se está a la espera de lo que comente el profesor para refutarlo, se acaba el

curso y ya no se debe leer más sobre el tema, entre otras. También se siente cierto temor al rendir un examen escrito o también cuando se espera para dar un examen oral.

Como estudiante recuerdo diversas clases en mi mente, los momentos en los cuales exponía algún trabajo, redactaba las respuestas de un examen, participaba opinando, criticando alguna postura con alguna base doctrinaria, reconociendo que hoy en día podría brindar una mejor respuesta con los conocimientos actuales, procurando quizás en la imaginación tratar de retornar al pasado pero con los conocimientos y experiencia que hoy he podido acumular y veo que ello es una quimera.

Recuerdo las clases de *Derecho Colectivo del Trabajo* con Guillermo Boza Pro cuando mi enamorada (Rosa Ciudad) y yo nos sentábamos uno al lado de otro en las carpetas individuales y de vez en cuando nos mirábamos con ternura y el profesor estaba pendiente de nosotros de seguro para llamarnos la atención y escuchemos la clase. Hoy cuando me toca desempeñar el rol de profesor y veo las parejas en esa misma actitud en el salón de clases las entiendo, pero al igual que el profesor Boza trato de darles a entender que atiendan la clase.

Un profesor está a la espera de las preguntas de los alumnos, debe preparar su clase, elaborar los temarios, consultar bibliografía, preparar los exámenes, participar de las actividades académicas que la Facultad y a veces de las que los propios alumnos organizan.

En mi caso particular accedí a la nómina de profesores contratados en la Facultad de Derecho en los años 1996 y 1997, teniendo a mi cargo durante tres semestres académicos la asesoría del curso de *Metodología de la Investigación Jurídica I* vinculada con el tema tributario, experiencia muy gratificante, sobre todo porque años después algunos de mis alumnos a los cuales asesoré se desempeñan en el ámbito tributario.

También participo como docente en el Centro de Educación Continua - CEC desde el año 2000 hasta el día de hoy en el área de

Post Títulos vinculados con la Gestión Municipal y la Tributación y en una oportunidad me pidieron apoyo en el Centro Cultural de la Católica ubicado en San Isidro donde dicté algunas clases de tributación. En las oportunidades en las cuales me ha correspondido dictar clases veo los rostros de los alumnos y me identifico con ellos, recuerdo las veces que he sido alumno y procuro dar más de lo que me corresponde, les explico situaciones reales, la aplicación del Derecho, procuro que la clase no sea aburrida, en fin, busco que los conceptos queden claros y se les grabe en la memoria para que cuando se retiren del salón de clases puedan aplicar lo aprendido en el devenir de su desarrollo profesional, trato de dar lo que a mí como estudiante me hubiera gustado que un profesor nos dé.

Puedo quedarme días completos tratando de escribir mis experiencias en la Universidad Católica y demoraría demasiado, razón por la cual voy finalizando mi comentario, mencionando que en casi todos los casos de nuestras vidas estamos asumiendo diversos roles, muchas veces antagónicos o complementarios, como en el caso del espejo, nos preguntamos entonces ¿de cuál lado te encuentras tú?

Mi experiencia en la PUCP

Enrique Bernales Ballesteros

¿Qué significó mi primera aproximación a la PUCP?

Cuando ingresé a la PUCP, era ella aún pequeña, mayoritariamente vinculada a los colegios católicos. Así, por el ambiente y la proveniencia de un colegio como La Salle, la mía fue una sensación inicial de prolongación. Esta primera sensación de arropamiento, protección y calidez familiar cambió en la medida en que me puse en contacto con la rigurosidad de las exigencias académicas, con los cursos y con un programa de dos años en Letras que apelaba a una disciplina intelectual que enfatizaba en la capacidad crítica. El nivel de excelencia era reputado, más aún para una universidad joven que competía con la cuatricentenaria San Marcos.

Letras nos abría los ojos al mundo, sus cursos eran más que materias, asombrosos descubrimientos: *Ética, Lógica, Filosofía, Historia* (peruana y universal), *Lengua, Metodología*, todos esos cursos y otros significaba entrar en posesión de instrumentos que llevaban a navegar en el universo del conocimiento. Se nos revelaba allí la "infinitud" de los saberes, de las preguntas irresueltas y de los hechos históricos. Para un joven de 16 años, tal magnitud de conocimientos y la extraordinaria sapiencia de los profesores para transmitirlos creaban una mística. Nos tornaba en estudiosos por vocación, por placer antes que por obligación.

La preparación académica es sólo una de las aristas. Nunca dejaré de agradecer a la PUCP la sólida formación ética, la valoración de la familia (la PUCP era de por sí una familia) y mi firme dilección por los valores solidarios.

Letras reafirmó mi amor a determinadas áreas del conocimiento. Cuando ingresé a la PUCP tenía certeza de mi vocación por las humanidades. Más que las ciencias jurídicas, me gustaba la Historia y la Literatura, pero era una profecía autocumplida continuar mis

estudios en la Facultad de Derecho. Fue allí que descubrí el gusto por el Derecho, especialmente por el Derecho Público. El Derecho fue perfilando una vocación histórico-jurídica que luego se enlazó con la política. Cuando terminé Derecho, viajé a Francia para profundizar en Ciencia Política. Reparé entonces que mi formación en la PUCP me permitía competir de igual a igual con estudiantes de las mejores universidades del mundo.

Mis maestros

Un maestro que deslumbraba y causaba conmoción era Raúl Porras. Sus clases eran magistrales, su conversación chispeante. Porras tenía un profundo conocimiento de la Historia, un dominio extraordinario del idioma, sus clases eran además de todo magistrales en oratoria: una obra de arte. Todo en este maestro era grandioso. Es una lástima que las actuales generaciones no hayan gozado del magisterio genial de Porras.

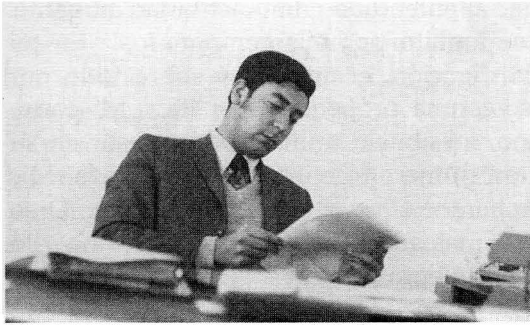
Se le podía visitar en su casa. Allí fijaba el tema de la monografía que era obligatoria para aprobar el curso. Se podía tomar un café con él y más tarde acompañarlo a la pizzería de Miraflores donde en torno a él se formaba una tertulia.

Otro gran maestro, que me dejó muchos conocimientos y la revelación del idioma como una riqueza de la cultura y del espíritu fue Luis Jaime Cisneros. Era el maestro del consejo, aquel que me invitaba siempre a la introspección de lo que yo era y de lo que podía llegar a ser académicamente y en mi visión del Perú y de la vida, le debo mucho a Luis Jaime.

Mi inclinación por la Historia creció a través de las enseñanzas y conversaciones con Onorio Ferrero. Se podía compartir conocimiento, visitarlo en su casa (que era la prolongación del claustro). La clase con él continuaba con un café y el maestro siempre traslucía su deleite en reunirse con sus discípulos, lo que nos animaba a buscarlo.

Un profesor, ya en Derecho, que me impactó por su dominio de la ciencia jurídica, su precisión para enseñar el Derecho, con solvencia impresionante además, fue Héctor Cornejo Chávez. Por Cornejo sentía además una gran cercanía ideológica, era mi líder democristiano.

Recuerdo con cariño y enorme respeto a Raúl Ferrero Rebagliati. Sus clases de *Derecho Constitucional* y *Derecho Internacional Público* son memorables por la pasión, el conocimiento y la inteligencia del maestro. Pude acceder a su casa, trabajar con libros de su biblioteca.



Allí descubrí que su cultura general y sus conocimientos de Derecho Constitucional en particular, eran descomunales. El Derecho Público era de interés de pocos alumnos, como suele suceder, pues la mayoría son atraídos por el brillo que puede prometer el ejercicio profesional en el ámbito del Derecho Privado. Con Ferrero el clima era el de una minoría selecta por su vocación constitucional, él alentaba ese orgullo minoritario y un mayor y profundo interés por el análisis constitucional. El gran constitucionalista me dirigió en mi tesis y por su formación y ejemplo le estoy infinitamente agradecido.

Los amigos

Ingresé a la PUCP en 1957, en aquel tiempo los que ingresaban eran muy pocos y todos nos conocíamos y éramos amigos. Mi compromiso con el grupo se evidenció cuando apenas a las tres semanas de vida universitaria ya era delegado de la clase. Yo tenía un conocimiento directo de todos. A todos los recuerdo con gran cariño y nostalgia y sería injusto mencionar nombres, pero la mía

fue una promoción estupenda, cuyo recuerdo me anima. Esa es una de las maravillas de la vida universitaria y, especialmente en la PUCP, que siempre integra a todos por sus actividades, por el descubrimiento de la amistad en el mundo académico y el encuentro con jóvenes coetáneos con quienes entablar diálogos sustantivos y sostener fabulosos duelos verbales (siempre amables y elegantes) sobre cualquier materia.

¿Por qué decidí quedarme en la PUCP?

Siendo estudiante de la PUCP descubrí que no tenía vocación por la profesión liberal de la abogacía, entendida como actividad litigante. Siempre fui superado en ese ámbito por mis compañeros. En mi caso, fui ganado por la investigación, el análisis y sobre todo por la enseñanza que en mi caso es una propensión genética. Mi padre fue un profesor guadalupano, mi abuelo militar fue profesor en su rama, mis antecesores en gran número ejercieron la enseñanza. Mis tíos, casi todos docentes. Yo heredé el amor por el magisterio. Digo magisterio porque ser maestro, mas que enseñar, es transmitir no sólo información, es formar en pensamiento y valores.

Cuando viajé a Francia para mi doctorado, el padre Felipe Mac Gregor me propuso usar bien el tiempo y me comprometió a reincorporarme a la PUCP a mi regreso. Quería que lo ayudase en el área de Ciencia Política. Debo decir que la Universidad descubrió mi vocación por el análisis político que tanto me ha servido cuando me tocó ejercer responsabilidades públicas. La PUCP facilitó que me quedara "haciendo vida universitaria", esta vez, a través de la docencia en sus aulas. Ingresé así a la Facultad de Ciencias Sociales en 1968 y permanecí en esa Facultad hasta 1980. Fui Decano de Sociales durante ocho años. Fue una experiencia importante, un tiempo que compartí con un extraordinario plantel de profesores con los que forjamos una Facultad de Ciencias Sociales de la mayor calidad, no sólo en el país sino a nivel latinoamericano.

En el 80 tuve que cambiar mi dedicación, pues las responsabilidades cívicas me llevaron al Senado y tuve que contentarme con ser profesor

de algunos pocos cursos y durante menos tiempo del acostumbrado. Mi trabajo como Senador me absorbía mucho tiempo, pero en ese espacio pude volcar mi formación universitaria. Como anécdota, mis colegas no entendían, a veces, mis intervenciones y me empezaron a llamar "el académico". No me ofendí, era un sello que la PUCP me había impreso para enriquecer con una visión humanista todo aquello que yo hiciera. En realidad, mis colegas del Senado lo que hicieron fue un reconocimiento a mi vocación por la docencia política. El Senado para mí fue así una tribuna para el magisterio de la política. Así entendí mi servicio público y así entiendo todas las actividades que realizo hasta ahora. Incluso en la Comisión Andina de Juristas, donde ejerzo la dirección ejecutiva, donde antes fui director académico y mantengo vivo el entusiasmo por la docencia. Los jóvenes profesionales que allí laboran viven una vida de aprendizaje en las materias que investigan, el trabajo les sirve para moldearse como si la universidad los siguiese sin tregua. Esta experiencia es para ellos casi como una maestría o un doctorado. He tratado de dejar esa huella por todos los cargos y trabajos que he desempeñado y donde me relaciono con jóvenes profesionales. No hay ámbito en mi vida profesional en el que mi vocación de profesor quede al margen. Y todo eso se lo debo a la PUCP.

Mi consejo a los jóvenes que recién se inician en la PUCP

A los estudiantes de la PUCP hay que recomendarles que hagan vida universitaria, que no sean sólo consumidores de clases. La Universidad hay que vivirla en sus claustros, pero también en sus patios y rotondas, en sus paneles (veo con regocijo que hay jóvenes que hacen pininos en el periodismo a través de periódicos murales o en la política a través de elecciones de diverso tipo), en su vida cultural, en sus charlas y debates, en la relación profesor-alumno, en Internet que nos permite introducirnos al arte, a la botánica, a la astrología, a la historia. Las opciones son muchas. Mal hace el estudiante que sale de su casa, asiste a clases y retorna a casa, lleno de apuntes, pero vacío en el fondo.

A la Universidad hay que sacarle el jugo, son seis o siete años irrepetibles y más adelante entrañables. Muchos profesionales ya

maduros recuerdan la riqueza de esos años poco complicados y coronados de entusiasmo intelectual y alegrías juveniles. "París es una fiesta" proclamaba Hemingway. Yo les digo "la Universidad es una fiesta", gócenla ahora que están en su esplendor, bébansela, paladeen cada actividad, sientan a cada minuto que la vida universitaria los captura. Algún día la recordarán y querrán volver, pero no será lo mismo. No la desaprovechen.

El teatro entre mis recuerdos de la PUCP

Alfonso Castrillón Vizcarra

No sé si el tiempo magnifica nuestros recuerdos, pero los que yo tengo de mi vida universitaria los veo como en una gran pantalla de cine. Por ejemplo, alguna escena en la academia de preparación para el ingreso a la PUCP, donde, luego de haber vencido la natural timidez, alternábamos con chicas y se iban formando los grupos por afinidad. Recuerdo con gran claridad la mañana en que, esperando la venida del profesor, una compañera de “busto insumergible” –como diría Martín Adán–, que usaba, además, unas chompitas bien ceñidas a lo Silvia Pinal, le lanzó a Pepe Chichizola su repleto monedero certeramente, por algo que la aludida consideraba un piropo subido de tono. Justo allí, en la academia, inicié con Pepe una larga y fructífera amistad que comenzó con simpáticas discusiones sobre la poesía de Bécquer o sobre la Taumanova, que por aquella época había encandilado al público limeño. Yo prefería a Alicia Alonso, pero estas discrepancias no mellaron nuestra amistad. El grupo fue creciendo con la presencia de un joven menudo, ciertamente tímido, pero con una gran habilidad para las artes plásticas, Ezequiel Llaque, a quien se le conoció siempre como “Chingue”. También Fernando Fontanés, estudiante de Derecho en San Marcos, que compartía nuestras aulas de Letras en la PUCP. En esa época se forjaron lazos de amistad que han durado hasta el presente con Teresa Cantuarias, Elsie Landa, Gladys Calderón. No podría olvidar en esta evocación a Augusto del Prado, joven barítono, que había triunfado en el concurso Mario Lanza y que se unía al grupo en nuestras escapadas al Teatro Municipal para escuchar los ensayos de la Sinfónica Nacional. Augusto no estudiaba con nosotros, pero sin duda nos infundió el amor a la música, sobre todo a la ópera, al ballet y al teatro. Héctor López Martínez, compañero querido del colegio (de carpeta, podría decirse), nos seguía, mientras atravesábamos la Plaza Francia y a grandes voces nos decía “A mí, a mí, que soy navío de poco andar”.

Pero era al teatro donde quería llegar. Yo venía del colegio La Salle

en el que desde pequeños nos inculcaron el amor a la música y al arte escénico. Cantábamos en el coro, que los hermanos llamaban “Escolanía”, y el repertorio era, naturalmente, de canciones españolas a cuatro voces. También representábamos zarzuelas, bajo la dirección del profesor Serrano, quién además hacía las adaptaciones. El resultado era gracioso: una obra como “La alegría de la huerta”, con papeles femeninos y masculinos, se convertía en un reparto de viudos, curas, amigos y viejas beatas con grandes narices. Pero nuestra osadía llegó también al teatro mayor de Calderón, donde “El gran teatro del mundo” se adaptó sólo para hombres y aunque éramos chicos de quince años, el resultado fue estupendo.

Estaba todavía en el colegio cuando tuve noticia de que la Universidad Católica, bajo la dirección del padre Condomines, estrenaría en el Municipal el “Edipo Rey” de Sófocles. Los hermanos de La Salle se lo tomaron en serio, fueron a la representación y hasta grabaron la obra, recuerdo, con una de las primeras máquinas que llegaron a Lima. Condomines había logrado una puesta impecable y profesional, a pesar de trabajar con alumnos debutantes. Carlos Tuccio interpretaba a Edipo, Sara Ugarteche a Yocasta, Del Solar a Creonte y Konrad Fischer al Corifeo. No olvidaré el efecto que me produjo la música escogida por el refinado Condomines: Para la overtura, como preparándonos para el gran espectáculo que íbamos a ver, “Alceste” de Glük y alternando con las entradas del coro, una música de extraña belleza, que, con el tiempo, identifiqué como la “Sinfonía Litúrgica” de Honegger. El ballet estuvo a cargo de Trudy Kresel.

Algunos años más tarde, y quizás alentados por la inolvidable temporada del teatro de la Universidad Católica de Chile en Lima, los alumnos crearon el Teatro de Ensayo en 1955 y estrenaron “El landó de seis caballos”, del español Ruíz Iriarte. La obra fue dirigida por Guillermo Roth, con la participación de Sara Ugarteche, Sonia Seminario, María Isabel Chiri, Jesús Angulo, entre otros. Ya por entonces se dejaba sentir, en el periódico *Vida universitaria* que dirigía Hernán Alva Orlandini, el reclamo de una actividad teatral continua y consistente que el Teatro de Ensayo estaba llamado a

cumplir.

En 1956 una delegación de alumnos de la PUCP viajó a Chile para confraternizar con sus similares del país del sur. El viaje fue organizado por Hernán Alva y la delegación estuvo conformada por Guadalupe Castañeda, Marcela Barandiarán, María Salinas, Betty Lituma, Claudio Capasso, Ezequiel Llaque, Fernando Fontanés, Alfonso Castrillón, entre otros. Recuerdo que en esa época el Teatro de la Universidad Católica de Chile había estrenado "La casamentera" de Thornton Wilder.



Alfonso Castrillón en Santiago de Chile, 1956

Luego, en 1957, participé en la puesta de "La Zapatera Prodigiosa" de García Lorca, dirigida por don Luis Álvarez, donde hacía el papel de Don Mirlo, vejete enamorado que andaba tras la protagonista, Violeta Cáceres. Me pusieron una encorvada nariz postiza, unos pantalones *pasarríos* y un sombrero de copa que me daba a la vez un aire ridículo y cómico. No se me ocurrió mejor idea para adornar mi personaje que buscar la apariencia de alguno de mis profesores de entonces y la elección cayó en el profesor de *Literatura Clásica*, Juan Cavazzana, que caminaba con despacioso ritmo, como si fuera a quebrarse. Que me perdone desde el cielo, donde está sin duda, por haber ejercitado su paciencia con nosotros.

Un personaje inolvidable, por esa época, fue el multifacético Guillermo Nieto que actuaba y también amenizaba las fiestas de la primavera o las olimpiadas estudiantiles, como se lo puede ver, disfrazado de Nerón, en una foto publicada en *Vida universitaria*. El de Nerón vino a sustituir el cariñoso apodo de "Gordo" con que se le conocía en el patio de Letras. Un día apareció con una idea brillante, según él, para un número que haría desternillar al público asistente a un aniversario de la Universidad; nada

menos que el *pas de quatre* de los pequeños cisnes del ballet de Tchaikovsky, interpretado por él y tres arriesgados acompañantes. Logró reclutar a Ezequiel Llaque, Guillermo Fernández Cornejo y a mí, que comenzamos a ensayar bajo su dirección, pensando que sería un “pase de vueltas”, como se dice hoy día, ver al Gordo con “tu-tu” y a nosotros secundándolo. Pero llegó el día de la presentación y Nieto no aparecía y no apareció. ¿Qué hacemos?, –pregunté– ¡Adelante! Fue la directiva de mis compañeros. Todavía tuve tiempo de verlos maquillados, adornados con tules y plumas blancas, con las piernas impudicamente peludas, como ellos, de seguro, me estarían viendo a mí; ¡No, ni muerto! Mientras el público demostraba su impaciencia y comenzaban las pifias, alguien pasó una chata de pisco que fue vaciada por lo tres en pocos segundos. No es difícil adivinar lo que pasó: como ninguno acertaba con la coreografía establecida por Nieto, cada cual hizo lo que le venía en gana, saltos por aquí, saltos por allá, encontronazos, vueltas como trompos y los tres con los ojos como ruletas. En medio de este embarazoso desenfreno a alguien se le ocurrió tomar unos rollos de papel higiénico, como si fueran serpentinas, y los fue lanzando al público que no salía de su asombro. Fue patético, lo reconozco; pero he visto de estos números, aún más osados, cada vez que se celebraban los bautizos de “cachimbos” o el fin de curso en otras instituciones educativas, incluyendo a las fuerzas armadas.

Después de esta pagana celebración de la vida universitaria, como sólo a esa edad podía hacerse, tomamos las cosas más en serio y llamamos a un querido amigo, Jorge Sánchez Pauli, para que nos enseñara actuación. Nos reuníamos en la gran aula que servía de salón de actos, donde en sitio preferencial estaba el Cristo tallado en madera de Adolfo Winternitz. Sánchez Pauli inició su tarea con ejercicios de improvisación y para “soltar” nuestros torpes movimientos propuso vendarnos los ojos. Un tiempo después se dejaron sentir, maliciosamente, los rumores de que el método se prestaba para cometer actos indecorosos y en adelante, no pudimos ensayar en el local de la Plaza Francia. Sin embargo, luego de algunas gestiones, nos cedieron el teatro de la iglesia de la Virgen del Pilar, y allí ensayamos una obra mía, “Ángel Raziel”; pero en verdad, la separación de la PUCP nos desanimó tanto que nos

vimos obligados a disolver el grupo.

Lo que vino después, la creación del TUC, la presencia de Ricardo Blume y otros profesores que le dieron vida y que se impusieron con fuerza sobre los prejuicios y la ignorancia, es historia feliz que todos conocemos y felicitamos. En lo que a mí respecta, tomé otra ruta, me dediqué a la Historia del Arte y me convertí en ferviente espectador desde la platea. Pero cuando entro al desván de los recuerdos, no puedo menos que revivir con sana alegría esa época despreocupada y feliz en que hicimos teatro en la PUCP.

Ingresar a la Católica en 1972 y no salir nunca

José R. Deustua C.

Aunque vivo en la pequeña ciudad universitaria de Charleston, en el Estado de Illinois, EE.UU., no muy lejos de Indianápolis (en Indiana), Chicago (también en Illinois) y Saint Louis (en el Estado de Missouri), creo que sigo perteneciendo a la Universidad en alma, corazón y vida. El asunto, sin embargo, no es describir cómo no he salido aún de la Universidad sino más bien qué era ésta en 1972 y luego cuando estudié Historia y Sociología en los pabellones de Letras, Ciencias Sociales y Humanidades. Este relato, sin embargo, merece un comentario anterior. En 1972 se estudiaba Letras no en el *campus* de la Universidad, en el así llamado Fundo Pando, sino en el centro de Lima, en la Plaza de la Recoleta, en un edificio recontra viejo que a mis dieciocho años parecía haber salido del programa de la televisión *Los Locos Adams*. Eran mis amigos entonces Claudio de la Puente Ribeyro, también conocido como Calú, quien no solo es y era sobrino del gran escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, sino ahora es embajador del gobierno peruano en Australia, y



también otras personalidades públicas y privadas sobre las cuales estas notas no tienen por qué hacer mayor mención. Pero solo lo digo pues uno de los mejores recuerdos de ese entonces fue pararnos en la esquina a tomar el microbús y fingir que hablábamos en difícil. Tomábamos entonces el curso, *Introducción a las Ciencias Sociales*, que era enseñado por Jaime de Althaus, el ahora periodista de la televisión, el antropólogo Fernando Fuenzalida y un sociólogo español, cuyo nombre se me escapa. Cuando Fernando Fuenzalida

iba a tomar su colectivo, en lo que se llamaba entonces la avenida Wilson, Calú y yo hablábamos en extraño pues la sección que él enseñaba en el curso desarrollaba modelos teóricos del conocimiento

en Ciencias Sociales y para muchos de los alumnos matriculados en el curso sus conferencias podrían muy bien haber sido en griego, sánscrito o persa. No se entendía nada. Para mí, por el contrario, fue el encuentro con modelos epistemológicos dogmáticos, ideológicos, científicos y así y así, etc. Es decir, la Sociedad y la Historia podían ser estudiadas científicamente como los cuerpos humanos o los astros y planetas en el cielo, aunque los métodos y las teorías de las Ciencias Sociales no eran iguales a los de las Ciencias Naturales.

El Fondo Pando, donde empecé mi segundo año de Estudios Generales Letras, me daría más sorpresas, placeres y alegrías. Conocer a Franklin Pease García Yrigoyen, una institución en la Universidad, y tomar su *Introducción a la Historia*, donde luego fui jefe de Práctica con la actual historiadora María Emma Mannarelli, definió claramente mi vocación de historiador y sociólogo. ¡Y qué decir de Humberto Leceta y sus *Historia Socio-Económica del Perú* e *Historia Socio-Económica del Mundo*, Rafael Roncagliolo y sus *Métodos en Ciencias Sociales*, Henry Pease, el hermano de Franklin, y su *Sociología del Perú* y muchos más que sería muy largo enumerar. Además esto era solo el comienzo.

¿Qué podría decir también de mis tres años en Sociales estudiando Sociología con Alberto Flores Galindo, Guillermo Rochabrún, Denis Sulmont y otros, o en Historia, en el pabellón de Humanidades, tomando cursos una vez más con Franklin Pease, César Gutiérrez Muñoz, paleógrafo *extraordinaire*, Liliana Regalado de Hurtado, Juan Carlos Crespo, José Antonio del Busto (con él para mi los Incas no habían muerto, ni los habitantes de civilizaciones como los Chimú (Chimor) o Mochica (Muchik), no, sus clases eran casi obras de teatro interpretativas llenas de drama y descripción), Javier Tord y, ciertamente, Heraclio Bonilla, quien luego me llevó a San Marcos como su jefe de Práctica y al Instituto de Estudios Peruanos a trabajar en un proyecto sobre las *Memorias* de Luis E. Valcárcel (Lima, IEP, 1981) con José Matos Mar y José Luis Rénique?

Y si de José Luis se trataría ahora de hablar, pues una vez más sería hablar de Franklin (Pease) en las reuniones en su casa de Miraflores para leer y paleografiar las *Visitas de Yanque-Collaguas*.

O ¿qué tal de Tito Flores (Alberto Flores Galindo) y sus reuniones en su casa de Higuereta, casado con Cecilia Rivera y viendo a sus hijos crecer, donde tuve la oportunidad de conocer y llegar a ser amigos con Manuel Burga, Humberto Rodríguez Pastor, Fernando Lecaros y otros (Pablo Macera tal vez, Sinesio Lopez, Henrique Urbano, Guido Delran, etc.)? ¿No debería mencionar también a Amalia Castelli, quien fue la editora del primer artículo histórico que escribí en mi vida? Sería tal vez 1976 o 1977 y se organizaban los primeros encuentros de Etnohistoria Andina en el Museo Nacional de Historia, en Pueblo Libre, a la vuelta del Museo de Arqueología y Antropología. Yo había escrito una monografía sobre la *Visita a Yanque Collaguas* de 1591 donde, utilizando las técnicas estadísticas que aprendí en Sociales, había elaborado una serie de cuadros sobre el acceso a recursos de los diversos *ayllus* del lugar. Franklin y Amalia me invitaron a presentarla como ponencia en uno de estos encuentros y luego apareció publicado en un libro que ella editó con Marcia Koth de Paredes, *Etnohistoria y Antropología Andina* (Lima: Museo Nacional de Historia, 1978). Si pudiera describir el pánico que sufrí cuando presenté mi ponencia en el auditorio del Museo. Mis rodillas rechinaban y la boca la tenía tan seca como el desierto de Sechura lo es la mayor parte del año.

Para terminar tal vez solo me faltaría mencionar a mi entrañable amigo y colega historiador y sociólogo Luis Miguel Glave Testino, mi *pata* del alma, compañero de infinitas tertulias en el microbús de la línea Fundo Pando - avenida Arequipa, en los colectivos y microbuses de la Arequipa, e igualmente historiador y sociólogo como yo, aunque con diferentes carreras y devenires profesionales, y a Guillermo (Willy) Nugent, filósofo e historiador, Pepi Patrón, José Antonio Arrieta, Carlos Indacochea, Alfonso (Chachi) Quiroz, Carlos Contreras, Marcos Cueto, Margarita Suárez, Scarlett O'Phelan, Marisa Remy, Edgar (el Huevo) O'Hara y muchos, muchos otros y otras, colegas historiadores, científico sociales, psicólogos, crítico literarios, periodistas, etc. En otras palabras la Universidad, las universidades en general, están hechas de su gente, sus profesores, sus alumnos, los amigos y amigas, los compañeros y compañeras de estudio y ciertamente su *campus*, el lugar físico donde uno va a aprender y a compartir, como Jorge Basadre lo puso, "la vida y la historia".

Sigo siendo aquél Mi primer día en el Fundo Pando

Hugo Medina Guzmán

Entraba el año 1966, yo feliz iniciando una nueva etapa de mi vida, recién graduado de bachiller en Ingeniería Mecánica y Eléctrica de la Universidad Nacional de Ingeniería, había logrado uno de mis anhelos de infancia, ser un Ingeniero Mecánico. Mi padre, maestro él, quería que yo estudiase Medicina, mi madre veía esto con muy buenos ojos, su padre, mi abuelo Luis Guzmán Villa, había sido un médico que falleció a la temprana edad de cuarenta años víctima de la llamada pulmonía fulminante, en esos tiempos mal sin salvación. Pero un día, no recuerdo exactamente la fecha, pero me parece que estaba en segundo o tercer año de secundaria, dije a mi padre que yo quería trabajar con equipos, que quería conocer cómo funcionan los aparatos, hacer experimentos y a lo que él me respondió, “lo que tu quieres ser, es ingeniero mecánico”. En ese tiempo la Física como carrera no era conocida y no había un centro de estudios en el país que se caracterizara por esa profesión, existía la Universidad de San Marcos con Medicina y leyes, la UNI, con sus ingenierías, La Molina con Agronomía y por allí se escuchaba la Católica con Ingeniería Civil en la que se formaban expertos calculistas y excelentes abogados y no había más.

Recibí mi grado de bachiller en Ingeniería Mecánica y Eléctrica el 23 de diciembre de 1965 (en ese tiempo era necesario hacer una tesis), de manos del ingeniero Mario Samamé Boggio, en aquel entonces rector de la UNI. Yo tenía grandes dudas sobre mi dedicación futura, si ponerme a trabajar en mantenimiento de maquinarias o en construcciones metálicas, en refinerías, en la industria pesquera o en otras afines, esos eran los trabajos más comunes en ese tiempo para un ingeniero mecánico que se iniciaba.

Un día me encontré casualmente con el profesor sanmarquino José Wenceslao Vásquez Rojas, profesor de *Física* en muchas universidades, quien fue mi jefe de Práctica en el primer curso de *Física* que tomé en la UNI. Mantuve una conversación con él, y me pidió que fuera jefe de

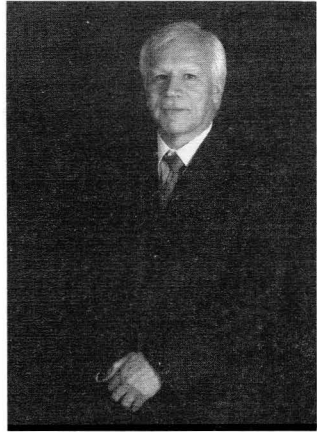
Práctica de una de sus cátedras. Como solamente serían los sábados por la tarde no vi ningún inconveniente y acepté. Se trataba de un curso de Física, la parte de electricidad, para la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Todo marchaba normalmente, hasta que un día el señor decano de la Facultad, el padre San Cristóbal, me informó que el ingeniero Hugo Sarabia Swett quien en ese tiempo había sido encargado de organizar el recién creado Departamento de Ciencias quería conversar conmigo. Tuvimos una reunión, hablamos de varias cosas, y al final me invitó a visitar el local de la Facultad de Ingeniería en el lugar conocido como Fundo Pando. Acepté, al fin y al cabo, siempre es bueno conocer.

En aquel tiempo yo vivía en Jesús María, a la altura de la plaza Ramón Castilla, plaza con árboles añosos, que daban buena sombra en el verano. Por esa plaza pasaban los colectivos Cocharcas - José Leal, vehículos desvencijados de cuando menos unos treinta años de antigüedad que hacían el transporte desde Cocharcas en los Barrios Altos hasta el final de la avenida Bolívar en Pueblo Libre. También estaba la línea 23 con ómnibus verde con blanco que tenían un recorrido muy largo para aquel entonces desde la Portada de Guía (hoy Fuerte Hoyos Rubio) hasta el último paradero en Pueblo Libre.

El recorrido para ir al Fundo Pando desde mi domicilio se iniciaba en la plaza Cáceres, luego recorría la avenida Cuba hasta la plaza San José de Jesús María, empalmaba con la avenida República Dominicana. Esas calles, hoy muy populosas, eran poco concurridas aunque ya se visualizaba que iban a alcanzar gran auge comercial a corto plazo. Luego tomaba la avenida Brasil hasta la cuadra 15 donde volteando a la derecha comenzaba la avenida Bolívar de Pueblo Libre. Esa era la puerta a un mundo diferente, con terrenos baldíos y con los edificios de los grandes laboratorios, entre ellos el Laboratorio Lusa, luego el local de la Asociación Cristiana de Jóvenes del Perú (YMCA), el grifo Pareja, a una cuadra después de la avenida Sucre, pero la continuación de la avenida Sucre con el nombre de San Martín seguía hasta la avenida Venezuela por una pista de reciente construcción. Todavía se podía ver a los pobladores del campo en sus viviendas rústicas, también se veía a los cortadores de ladrillos, los perros chuscos ladrando amenazadoramente a los transeúntes. Al final de la avenida Bolívar había una gran mansión

que seguramente fue una casa hacienda, que años más tarde fue derruida. Luego, casi al final también se ubicaba el Laboratorio Richard O. Custer. Hoy en ese lugar hay un gran conjunto habitacional. Finalmente, el último paradero de la línea 23. Actualmente ese espacio permanece siempre cerrado en cuyo portón hay un letrero que dice "Alejandrina S.A." Allí terminaba la avenida Bolívar, los choferes me veían mal y sabía que daban el apelativo de "plomos", a quienes como yo llegaban como único pasajero a ese punto.

El resto del recorrido se hacía caminando, del paradero se tomaba a la mano izquierda una cuadra de unos treinta metros de largo y aparecía una calle en cuya esquina se veía la entrada al Club La Unión, en cuyo campo de fútbol entrenaba el Defensor Arica, en ese entonces un equipo nuevo en la primera división de Lima. Hoy no sé cuál será su destino. Allí, jugaba el prometedor Ramón Mifflin conocido como el cabezón, y se podía ver por qué era llamado así, llegaba a sus entrenamientos muy temprano en su motocicleta vestido con un buzo celeste. Frente al Club La Unión había un campo con una inmensa torre, era la antena de una emisora local, sus transmisiones se podían oír fácilmente con dispositivos simples que se preparaban en el taller. Ese campo ahora está ocupado por el local del diario *El Comercio*.



Enseguida aparecía la acequia de regadío conocida como la Muchica, al igual que los otros "ríos" de Lima fueron construidos por los pobladores del valle en el tiempo del preincanato para poder cultivar las tierras del valle del Rímac. Años después esas aguas fueron entubadas con un espectacular desvío en su trazo para que la tubería no pase por los terrenos del actual local del diario *El Comercio*. Una vez pasada la acequia comenzaba el local de la Universidad Católica, "El Fundo Pando", se caminaba unos treinta metros y al frente se veía el local de la Facultad de Agronomía, después Trabajo Social, y hacia la derecha continuaba una pista pavimentada que llegaba a la Facultad de Ingeniería en el edificio

hoy conocido como Pabellón A, fue uno de los primeros edificios. A la derecha del camino que conducía a Ingeniería había una plantación de tabaco y una pequeña "huaca" preincaica. Frente al Pabellón A había unas construcciones del tipo temporal hechas con una especie de cartón prensado donde se encontraban las oficinas de los profesores nuevos, ellos ingenieros jóvenes, captados de diversas empresas, para convertirlos en docentes.

Era la ambición en ese entonces lograr que la Facultad tuviera profesores dedicados a tiempo completo, algo no común en esa época en que la docencia universitaria era un trabajo digamos complementario a la dedicación principal del profesional, como constructor o como funcionario de algún Ministerio o gran empresa como que era la Internacional Petroleum, Graña y Montero, Piazza y Valdez, Prometan, etc., o en alguna posición que les permitía darse un tiempito para dedicarlo a la enseñanza en alguna de las universidades de entonces. Al fondo se divisaba unas construcciones que parecían locales de fábricas, era la edificación hoy conocida como Pabellón C, que ahora con pequeñas reformas sigue luciendo igual. Al frente se estaba iniciando la construcción del edificio para el local del Departamento de Ciencias, hoy conocido como Pabellón B. A la espalda del hoy Pabellón C estaban las viviendas de los señores Luis Ortiz en el extremo Este y en el extremo Oeste la de Marcos Rodríguez, quienes eran los encargados del mantenimiento del local, y a su vez eran los guardianes y vigilantes, ellos vivían con sus respectivas familias, por cierto numerosas, y también con una gran cantidad de perros, que me imagino los soltaban por las noches. Un local con tantos implementos en medio de la nada era mirado con mucha codicia por los amigos de lo ajeno.

Ya estando en el Fundo Pando, pregunté por el ingeniero Sarabia, y me condujeron a un local que justamente estaba en el Pabellón C, el C 101, era un salón grande con un cielorraso con forma de parábola que concentraba el calor en el verano, amoblado con mesas de madera, y unos dispositivos toscos que parecían guillotinas de la revolución francesa hechos de madera me llamaron la atención. Tenían un sistema de sujeción para colocar un alambre y en el otro extremo un gran balde de zinc, un gran conjunto de pesas de uno

y cinco kilogramos que usaban para las prácticas de laboratorio de Física. Al fondo había un ambiente, que luego vi era el Gabinete de Física, lugar lleno de vetustos armarios que servían para guardar los equipos y material, allí se encontraba el ingeniero Sarabia con un señor muy delgado, ya con años, era el ingeniero José Castro Mendívil, el ingeniero Sarabia nos presentó y luego se retiró.

De primera impresión, en mi mente calificué al ingeniero Castro de viejito, a quien vi estaba luchando por ensamblar un telescopio, de los que vendía la firma Macalaster como equipo de Física barato diseñado por la PSSC (*Physics Science Study Committee*), organismo creado por el gobierno de los Estados Unidos para mejorar la enseñanza de la Física a raíz del lanzamiento del satélite artificial Sputnik por los rusos. El equipo PSSC era hecho con material comprado de lo sobrante de algún gran pedido, conocido como Surplus, que tenía buena calidad, pero como sobrante lo vendían a bajo precio; en base a esos materiales diseñaron equipos para enseñar Física y ese telescopio era parte de él. Consistía de lentes de buena calidad que se ensamblaban dentro de tubos de cartón de distintos diámetros, para colocar un tubo dentro de otro y lograr la longitud variable, y para que el conjunto quede en oscuridad completa se colocaba entre ellos un paño negro. La colocación de ese paño era el problema. Yo que no sabía quién era el ingeniero José Castro Mendívil, constructor del Planetario del Morro Solar, de los sistemas de ventilación de muchas salas de cine, y constructor de todo aparato que se podía ver en los catálogos de equipos de laboratorio, tuve el atrevimiento de pedirle permiso y tomar los tubos y proceder con la colocación del paño en el lugar y forma adecuados. Yo no noté nada extraño, y más adelante me confesó que esa fue la primera vez que alguien le hubiera ganado en habilidad, fue el inicio de una amistad y simpatía mutua, él para mí era el ingeniero Castro y yo era para él, el ingenierito. Así al darme cuenta de que él fabricaba instrumentos y aparatos con elementos locales, fue que enterado de sus horas dedicadas a la Universidad Católica y como lo que hacía me interesaba, le pedí que me permitiera ayudarlo, lo que dio lugar a que participara en el diseño de equipos, en su construcción, viendo lo que se podía hacer en la Universidad, sobre todo el ensamblaje, las partes que había que encargar a los talleres, a la carpintería, el maquinado de piezas. Estos quehaceres

me permitieron conocer algunos talleres, como la maestranza Siam en el Rímac para las fabricaciones en acero inoxidable, talleres en los que se realizaban trabajos para exportación. Para los elementos pequeños había un taller en Breña, con el maestro Matos, quien hacía trabajos pequeños en metal. Aprendí a fabricar resortes, a tallar lentes y sobre todo a pensar que todo se puede hacer, solamente hay que decidirse y proceder.

De allí surgió un gran entendimiento y colaboración, tal que poco tiempo después el ingeniero Castro me pidió trabajar a tiempo completo y con salario. Yo vi las ventajas que podía tener con esto, sobre todo trabajar en algo que siempre había pensado, o sea que a uno le paguen por hacer lo que le gusta, creo que no es fácil y a mí se me presentó la oportunidad y la tomé. Decisión que volvería a tomar en el supuesto caso de volver a vivir.

Ese fue mi primer día en el Fundo Pando, no pensaba que luego vendrían muchos más días, es decir toda mi vida en ese Fundo Pando, que nunca lo imaginé, ni lo pensé, ni lo planeé, solo llegó y así fue. En aquel tiempo, yo, iniciaba la tercera década de mi existencia.

Han transcurrido cuarenta años desde entonces. Ahora, al redactar estas palabras, yo podría haberme referido a Medina, Hugo Medina, en tercera persona. Al fin, cuarenta años, convierte a cualquier hombre en otro hombre, pero al igual que el gran divo español Raphael que en 1966 representó a su país en el Festival de Eurovisión con el tema "Yo soy aquél" y después de veinte años vuelve cantando "Yo sigo siendo aquél"; yo después de cuarenta años puedo también decir con humildad pero con orgullo "YO SIGO SIENDO AQUÉL".

A mi memoria llegan todos los hechos, y desfilan las personas que conocí y aprendí a apreciar, un día dejaré la flojera de mi mecanografía de dos dedos y contaré todos esos momentos con los detalles y personajes que aparecen en mi mente como si recién hubiera pasado, son muchos y todos muy importantes que influyeron en mi ser.

Hasta pronto.

Los alumnos del 57

Yolanda Osterling

La tarea universitaria no concluye al momento que el profesor se retira de la clase. Asimismo, el estudiante no puede, ni debe, vivir aislado, aparte del ambiente y del espíritu de la casa en que trabaja. (José Agustín de la Puente, decano de la Facultad de Letras, Revista *Ariel* No 3, octubre 1957).

Las acertadas palabras del ex alumno y maestro de nuestra casa de estudios, doctor José Agustín de la Puente, resumen el camino que deben seguir las relaciones humanas, la vida comunitaria entre alumnos –los que ingresan, los que egresan– con sus profesores y las autoridades universitarias.

Además de lo académico, son las actividades extracurriculares las que fortalecen la reunión con diálogo. Buscando una imagen visual para incorporarla al tema, una cadena con eslabones en continuo aumento me parece la más apropiada para las actividades desarrolladas fuera del aula; participación de los nuevos alumnos en proyectos que ya estaban en camino, impulsando su continuidad, perfeccionándolos, además de proponer nuevas.

Esas actividades, culturales en su mayoría, han contribuido durante estos noventa años a formar hombres y mujeres que viven con valores: Solidaridad, tolerancia, ideales y metas trabajados en grupo, que requiere desprendimiento y generosidad constantes. Algunas actividades han crecido de un siglo a otro con las características de cada tiempo y su historia propia, han trascendido de la universidad a la comunidad. Esto ha sido posible por un binomio: alumnos-profesores, entusiasmo e inquietud de los alumnos, apoyo de las autoridades de la Universidad, que alientan y promueven, cooperación que sigue hasta la fecha y continuará indefinidamente.

Voy a contar mi experiencia en estas actividades, reuniéndolas con las palabras de otros ex alumnos, que ampliarán los temas y

relatarán las tuyas, todas testimonio de nuestro afecto por esta casa de estudios, evocación grata y relato para los jóvenes.

Los alumnos que ingresamos en 1957 (hace 50 años) fuimos el grupo más numeroso que recibía la Universidad en esos años. Cerca de trescientos estudiantes, fuimos divididos en dos secciones, A y B. Este hecho entonces inusual se debió a normas administrativas; todos los colegios habían graduado dos secciones en 1951, el Ministerio de Educación había suprimido el 6to grado de educación primaria. En 1956 egresaron juntos de secundaria los alumnos que habían concluido quinto y sexto grado de primaria.

El grupo de 1957 que acogió el local de la Plaza Francia tenía mucho entusiasmo e inquietud por participar en actividades universitarias, apoyaron las existentes, con nuevos rostros. Lo primero que nos involucró fue la elección de delegados estudiantiles para 1957; los candidatos desarrollaron una activa y seria campaña oratoria para convencer y obtener votos. Resultaron elegidos: Fernando Arias Schreiber (†), Enrique Bernales, Eduardo Mazzini y José Luis Montoya. Así comenzó el año, con vigor y cercanía a la casa que nos recibía. Un grupo de alumnos decidió reunir sus propios fondos para elaborar periódicos sencillos para la clase, trabajados a mimeógrafo por nuestro portero, inspector de conducta, asesor de ruta y amigo, Emilio Lister (†). En mayo de 1957 se publicó el primer número de *Ariel*, dirigido por Fernando Lecaros. Como respuesta democrática, con opiniones opuestas, se editó *Contragolpe*, elaborado por Juan Luis Díaz, Cipriano Fano (†) y Fernando Flores-Araoz; en mayo de 1958, con mayores recursos económicos y por lo tanto formato con carátula salió el primer número de la revista *Areté*, la coordinación estuvo a cargo de José Luis Montoya quien logró reunir artículos de profesores universitarios, alumnos de nuestra promoción, de años superiores y diferentes facultades. En 1961 se publicó su tercer número, en homenaje al ilustre ex alumno Alfonso Cobián (†).

En septiembre de 1957 se celebró [una vez más] la "Semana Universitaria" promovida por Guillermo Nieto (†), entusiasta e infatigable impulsor de casi toda actividad, su dinamismo

contagiaba, convocaba a participar. Los eventos reunían a todas las facultades en un nutrido programa de conferencias, actuaciones, actos litúrgicos, paseos y reuniones sociales. En nuestro primer año nos invitó este ex alumno ejemplar a participar en la actividad teatral.

El Teatro de Ensayo de la Universidad Católica había aparecido por primera vez el 26 de septiembre de 1951, se desempeñó con éxito impulsado por Nieto, presentando obras teatrales de calidad, proyectándose fuera del ámbito de la Universidad.

t e a t r o de e n s a y o	
presenta:	
LA ZAPATERA PRODIGIOSA	
DE FEDERICO GARCIA LORCA	
reparto	
<small>(personaje por orden de aparición)</small>	
el autor.....	alberto montagne
zapatera.....	violista caceres
niño.....	orlando plaza
zapatero.....	renán del barco
vecina roja.....	teresa gianella
hijas.....	sara lucio y marcela gianelli
alcalde.....	guillermo nieto
mirlo.....	alfonso castrillón
mozo de la faja.....	ernesto souza
boatas.....	lidia regalado y maría ruiz
escritana.....	elizabeth van ordt
vecina amarilla.....	nita gamio
vecina verde.....	olga rodríguez
vecina morada.....	yolanda osterling
mozo del sombrero.....	fernando delgado
dirección:	LUIS ALVAREZ
asistente de dirección:	alfonso castrillón
escenografía y vestuario:	remo remotti y gloria sommerkamp bajo la dirección del profesor adolfo winternitz
maquillaje:	conrad fisher
arreglo musical:	edgar valcárcel
utilería:	guillermo mayuri
apunte:	elisa landa
jefe de producción:	josé chiappe
pontificia universidad	católica del Perú

Sin embargo esta actividad se había detenido, entre otras por razones económicas. Para 1957, Nieto y otros alumnos: Alfonso Castrillón, Armando Jarrín, Carlos Tuccio, Conrad Fisher (†), entre otros, decidieron relanzar la actividad; los “cachimbos” de ese año nos entusiasmos por participar: Alberto Montagne, Ernesto Sousa Moreyra (†), Olga Rodríguez, Lidia Regalado, Elizabeth Van Oordt, Yolanda Osterling, entre otros, subimos por primera vez al escenario en el Teatro Segura, el 21 de septiembre de 1957 para la

escenificación de “La Zapatera Prodigiosa”. Para la dirección del montaje fue especialmente invitado, con la colaboración económica de la Universidad, el actor nacional Luis Álvarez, diseñó la escenografía el profesor Adolfo Winternitz. En el programa de presentación el secretario de la Facultad de Letras, doctor Rubén Lingán, quien apoyó este relanzamiento expresó lo siguiente:

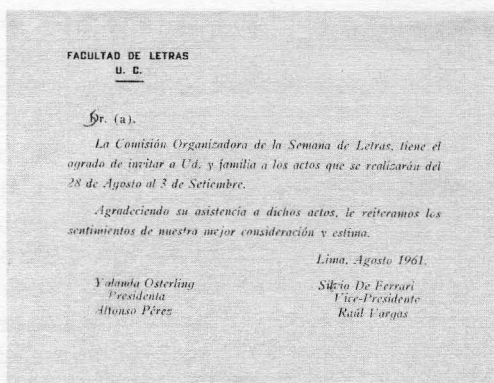
El Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, se fundó con el afán de orientar la inquietud artística de los alumnos de la Universidad. Su breve vida de sacrificios, la vida de toda empresa artística en nuestro medio,

inició sus actividades con el ímpetu con que se emprenden las obras. Su aparición con "Edipo Rey" del griego inmortal fue un triunfo, luego vinieron "La historia de una escalera" y "Lucrecia". El primitivo impulso había desaparecido y no hubo más actividades. Ingresó a una segunda etapa con gente nueva e ideales renovados. Llevó entonces a escena "El Landó de seis caballos" y la "Hermosa gente": hoy ofrece "La Zapatera Prodigiosa".

Esta es una historia sencilla sin embargo es una historia de intensa vida. La gente metida al menester del teatro puede estimar lo que significa mantener con el espíritu fresco y el afán renovado una institución de esta índole.

En 1961 nos reunimos alumnos de la Doctoral con los que ingresaron entre 1958 y 1961, para celebrar la "Semana de Letras", se elaboró un programa que consideró continuar la actividad teatral, nuestro decano, el doctor José Agustín de la Puente, dialogó con nosotros, aprobó y apoyó

la iniciativa, con presupuesto incluido. Silvio De Ferrari asumió la dirección de "Nuestra Natacha"; participaron entusiastas, entre muchos: Humberto Medrano, Luis Hernández (†), Juan Ossio, Luis Enrique Tord, Mario Pasco, Yolanda Osterling, Delia Revoredo, Miguel Vega Alvear, Hernán Valdizán; nuestro siempre querido y fiel Emilio Lister (†) se encargó de la utilería.



El buen desempeño, el entusiasmo y dedicación de los alumnos convenció a las autoridades; el decano de la Facultad de Letras y el rector, monseñor Fidel Tubino, aceptaron la continuación de la actividad teatral, asignando un presupuesto para un profesor de Teatro, convocándose al actor Jorge Sánchez Pauli, quien estuvo poco tiempo dictando clases, ante esto monseñor Tubino me solicitó conversara con Ricardo Roca Rey para hacerse cargo del grupo de alumnos interesados; don Ricardo recomendó para esta función al

actor Ricardo Blume. Al iniciarse las clases de teatro, como miembro del Centro Federado, tuve conversaciones con monseñor Tubino para hacerle conocer las necesidades económicas, el incremento del presupuesto por honorarios del profesor, gastos de montaje y, además, la necesidad de un espacio físico fijo; lo solicitado fue concedido, asignándose un lugar en el local donde funciona el Instituto Riva-Agüero; posteriormente, un espacio mayor en el local de Camaná, donde prosiguieron las clases hasta llegar al *Campus Universitario*, donde actualmente está la Escuela de Teatro.

Esto fue posible cerrando una gran cadena de alumnos de diferentes épocas, en continuo diálogo con las autoridades. El decidido apoyo de ellas, especialmente los doctores José Agustín de la Puente, Luis Jaime Cisneros, José Miguel Oviedo, el convencimiento y la fe del rector Tubino, estimulando siempre a los alumnos, permitieron que se estableciera como fijo el ansiado presupuesto que cubría las necesidades de la actividad teatral, las autoridades de nuestra Universidad estaban convencidas desde entonces de la importancia del factor económico en las actividades extracurriculares.

En 1959 se realizó en Lima la reunión de Rectores de las Universidades Católicas de América. El rector Tubino convocó a los miembros del Centro Federado de la Universidad a compartir una reunión con estas autoridades, fue ocasión en que el Secretario General, Enrique Bernal y yo, como adjunta, recibimos la sugerencia de monseñor Alfredo Silva Santiago, arzobispo de Concepción y rector de la Universidad Católica de Chile, de reunir un grupo de alumnos para visitar esa casa de estudios y estrechar vínculos. Anteriormente ya se había efectuado una visita así, coordinada por el infatigable Guillermo Nieto, se trataba de continuar la relación. Para encaminarla recibí el encargo oficial del Centro Federado en noviembre de 1959, iniciando comunicación por escrito con monseñor Silva Santiago y las autoridades de la Universidad y del Centro Federado para las coordinaciones pertinentes. Se reunió una delegación mixta en la que participaron: Fernando Flores-Araoz, Mario Pasco, Luis Pflücker, Víctor Ponce, Enrique López Albújar (†), Pierina Liberti, Adela Tarnawiecki, Cecilia Vásquez (†), Nana Valcárcel, Betty Dávila, el Centro Federado me encomendó

presidir la delegación. Nuestro rector, monseñor Tubino, concedió la autorización oficial con una sola condición, que la delegación estuviese acompañada por dos damas mayores, como "chaperonas", por tratarse de una delegación mixta; logramos cumplir la condición invitando a hacernos compañía a dos familiares de las alumnas.

Las autoridades de la Universidad Católica de Chile y los representantes de sus alumnos diseñaron un nutrido programa de visitas y encuentros, especialmente preparados para recibirnos. En enero de 1960 nos acogieron con extraordinaria cordialidad y alojados en locales seleccionados por los anfitriones, de religiosas para las alumnas y de la Escuela de Verano para los alumnos. El programa comprendía encuentros oficiales y sociales, visitas a museos, a las localidades de Valparaíso, Viña del Mar y las Vertientes, recepción ofrecida por el Rector en el fundo de Pirque, asistencia a ensayos y presentaciones del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile; nada se escatimó en nuestra estadía estableciendo vínculos de amistad entre los estudiantes.

Una vez más se afianzaron y continuaron los eslabones que fueron construyendo los alumnos que nos antecedieron. Trasciende y verdaderamente es importante la relación entre autoridades y alumnos, que en continuo diálogo hicieron y hacen posible construir con solidez, a partir de los ideales juveniles.

Cincuenta años después de haber ingresado a nuestra casa de estudios, puedo dar con certeza testimonio a los nuevos alumnos: vivir la vida universitaria, en lo académico y las actividades, aporta a las personas formación integral, intelectual y humana, no hay que dejar pasar la oportunidad privilegiada de dar y recibir, no sólo pasar por la Universidad, también dejar algo de nosotros mismos y llevarnos para siempre su espíritu, garantía de desarrollo profesional y personal.

No es posible terminar esta nota sin expresar agradecimiento a compañeros, maestros, amigos, que nos dieron las experiencias que han permitido construir vidas útiles, buscar siempre valores y mantener lazos de amistad que perduran en el tiempo.

El campus de la Pontificia Universidad Católica del Perú y el medio ambiente

Marcial Rubio Correa

Desde que entras al *campus* de la Pontificia Universidad Católica del Perú, estás en un complejo ecosistema del que los árboles y plantas son sólo la parte más visible. En estas páginas trataremos de mostrarte sus diferentes aspectos ambientales y, a través de ellos, la problemática más general del medio ambiente en las sociedades urbanas modernas.

Una ciudad pequeña con gran circulación de personas

Si urbanizáramos el *campus* y vendiéramos lotes pequeños de, digamos, cien metros cuadrados, entrarían aproximadamente dos mil casas habitadas por algo así como diez mil personas. Ya sería un lugar bastante poblado.

Pues bien, la Universidad recibe diariamente entre sus alumnos, sus profesores y su personal administrativo a más de veinte mil personas cada día, es decir, el doble de aquéllas que vivirían aquí si convirtiéramos el *campus* en un barrio de casa habitación. Y, entre los veinte mil señalados no están contados los visitantes que, por diversas razones, vienen al *campus* sin trabajar o estudiar aquí.

Todos estos miles de personas deben transitar dentro de nuestras instalaciones con comodidad, es decir, sin irse tropezando con los demás y con eficiencia, es decir, sin vagar por caminos complicados sino yendo directamente a donde quieren ir. Cuando estos requisitos son satisfechos las personas transitan tranquilas y de buen ánimo. La circulación es un factor importante en el medio ambiente y vincula de manera estrecha al espacio físico con la conducta humana y la mejor realización de los fines de las personas.

La circulación en el *campus* de la Universidad es fluida y existen,

en general, caminos adecuados para llegar a sus distintos lugares. Sin embargo, podríamos embellecerlos más y hacerlos más prácticos aún. En cuarenta y dos manzanas de extensión, que es la superficie aproximada del *campus*, la circulación de vehículos y de personas a pie siempre puede ser mejorada. Por lo demás, cada vez que se hace una nueva construcción o que se pone en ejecución una nueva actividad, los flujos de movimiento de personas y vehículos se reorientan hacia los nuevos lugares centrales y eso debe ser tomado en cuenta al autorizar o no los eventos a realizarse en el *campus*.

Un tema particular de la circulación es la posibilidad de hacer rápidas evacuaciones ante casos de peligro. Durante el segundo semestre del 2002 se produjo un asalto a mano armada en el *campus*. Temimos que hubiera asaltantes armados y escondidos porque uno de los vehículos en los que planeaban escapar se malogró. El Rectorado decidió suspender las clases y desalojar el *campus*. En casi cuarenta minutos todos habían salido en orden. Las vías de circulación demostraron su eficiencia. Sin embargo, con entrenamiento y un mejor sistema de información pública dentro del *campus*, deberíamos poder hacerlo en la mitad del tiempo.

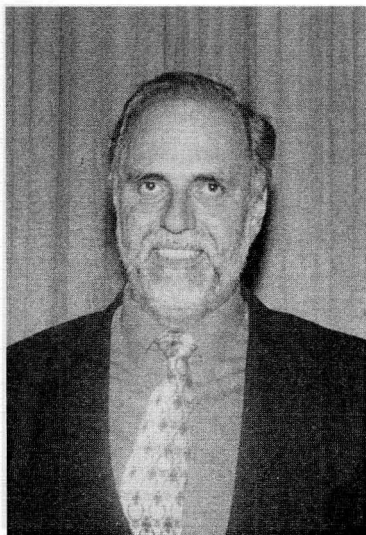
Un complemento importante para la circulación es una adecuada señalización. Si tenemos mejor información sobre el camino correcto para el lugar donde queremos ir, recargaremos menos la circulación general y la haremos más amigable.

Una ciudad de edificios bajos

Hasta hace pocos años, la Universidad no construía edificios de más de dos pisos. El crecimiento del número de alumnos y profesores, así como la cantidad de carreras que ofrece han conducido a elevar los nuevos edificios a cuatro pisos. Esto plantea discusiones medioambientales interesantes.

Los edificios grandes congregan a muchas personas y ello crea problemas de congestión, de ruidos, de demanda de servicios diversos que van desde los baños hasta el espacio de descanso. Por

ello, no se puede pensar en un crecimiento prácticamente infinito *hacia arriba*. Muchos aspectos del medio ambiente se dañan cuando grandes cantidades de personas deben congregarse en espacios reducidos. Entre otros, son especialmente sensibles la facilidad de circulación, el uso de los espacios de recreo o la prestación adecuada de servicios.



Podemos aquí ver que uno de los grandes problemas medioambientales de la sociedad moderna es la alta concentración de seres humanos en pequeños espacios de la Tierra. Esto se aplica tanto a los millones de habitantes de una ciudad como a los cientos de alumnos y profesores en un edificio de aulas.

Nadie puede asegurar que cuatro pisos signifiquen una concentración medioambiental adecuada. Sin embargo, sabemos que convertirlos en ocho pisos puede ser ya exagerado. Pero las respuestas correctas podrían ser, también, *no más de tres pisos o*

hasta cinco pisos. Todo ello muestra que el logro de un buen medio ambiente, es materia de reflexión permanente de las personas. Solo probando, y equivocándonos, podemos encontrar las mejores respuestas. Las recetas fáciles de aplicar, por lo general, no nos llevarán a un buen ambiente garantizado: ninguna fórmula ni ninguna receta sustituye ni a la reflexión ni a la creatividad humana.

Miles de personas comen diariamente en el *campus*

Cada día son muchos miles los que comen en el *campus*, desde un sándwich hasta desayuno, almuerzo y comida. Este hecho plantea muy diversos problemas ecológicos de entre los cuales, el

almacenamiento limpio y seguro de los abastecimientos necesarios y la disposición de la basura son los más saltantes pero en modo alguno los únicos.

Por ejemplo, se necesitan espacios sanos para comer y las sillas y mesas existentes no alcanzan en las horas pico (especialmente entre las 12 y 14 horas). Debemos garantizar que los jardines donde muchos se sientan a almorzar sean seguros y eso obliga a análisis periódicos del estado de los suelos y jardines, sobre todo por el tipo de riego que se hace y del que hablaremos luego.

También es importante el control de los olores: en un lugar como el *campus* donde la dedicación central de las personas es concentrarse en estudiar, no puede haber olores fuertes que distraigan o, peor aun, que estimulen a las personas a salir de la biblioteca e irse a la cafetería, acicateadas por el hambre.

Y entre otros muchos aspectos está el considerar el problema del ruido porque el ser humano come haciendo vida social: se reúne en grupos que hablan, discuten, cantan, cuentan chistes y se ríen y, en fin, comen haciendo bulla. Por ello, hay que prever espacios suficientemente alejados de los lugares de estudio para no afectar la concentración.

Un poco más sobre el ruido

Como ya dijimos, el *campus* es un lugar de concentración para el estudio. Es preciso tomar en cuenta esta finalidad porque el entorno debe estar organizado para aprender.

En este sentido, el *campus* es muy distinto al Parque de las Leyendas, espacio de dimensión también grande y vecino al nuestro, pero dedicado a la diversión. En el Parque de las Leyendas se supone que hay ruido: música, gruñidos y otros sonidos de animales, gritos y risas de las personas, especialmente de los niños. Un Parque de las Leyendas silencioso ahuyentaría a las familias y personas que quieren divertirse.

En el *campus* debemos tratar de lograr silencio y tranquilidad, aún cuando simultáneamente tiene que haber movimiento de personas y cosas, y desde luego dictado de clases que consiste en que varias decenas de personas se reúnan en un aula a hablar entre sí (sea la exposición del profesor, sean las intervenciones de los alumnos) en volumen suficientemente alto como para que todos puedan escuchar a cada uno.

Por tanto, cada aula debe ser construida tratando de que el ruido de la vecina no la estorbe y viceversa. Al mismo tiempo, hay que prever la ubicación y forma de los edificios, de manera que se controle también el contagio de ruido entre ellos.

Viene ruido de fuera del *campus* por el tránsito de dos avenidas: la Universitaria que tiene gran cantidad de vehículos en circulación y la Riva-Agüero que cada vez tiene también más tránsito. A impedir el ingreso de esos ruidos colabora el muro perimetral pero creemos que deberíamos complementarlo con una *barrera verde*: plantar por el lado interno del muro una fila de árboles altos que también amortigüen el ruido. Además, darían una vista mucho más linda a la Universidad desde el exterior. Se pueden encontrar, como en este caso, soluciones para evitar el ingreso de los ruidos exteriores al *campus* que, a la vez, den un mejor entorno a nuestras instalaciones.

Un caso particular de ruidos que alteran la tranquilidad del *campus* es el que se produce con el paso de los aviones que despegan del Aeropuerto Jorge Chávez. Muchas veces pasan lo suficientemente cerca y bajo como para obligar a los profesores a interrumpir la clase por aproximadamente un minuto.

La Alcaldía del Distrito de San Miguel, en el que está ubicada la Universidad, hizo varias gestiones en años anteriores para que los aviones tomaran una ruta alterna haciendo un giro a la derecha poco después de haber despegado. De esa manera pasaban más lejos de nuestras aulas y el ruido era casi imperceptible. En la actualidad, los aviones a veces cumplen con desviarse pero otras veces no, con lo que siempre se producen ruidos fuertes de aeronavegación.

Ése es un problema de medio ambiente muy interesante: puede obligar a suspender momentáneamente las clases, pero solucionarlo no está en manos de la autoridad universitaria sino de las autoridades políticas.

Un camino antiguo que cuidar y admirar

Nuestro *campus* guarda dentro de sí los restos arqueológicos de un camino prehispánico de aproximadamente cuatrocientos metros de extensión, que corre desde la avenida Universitaria hasta la avenida Riva-Agüero.

El Instituto Nacional de Cultura lo ha declarado monumento histórico y la Universidad, orgullosa de él, lo protege y ha instalado un sistema de iluminación con el cual permite que se realce su vista en horas de la noche.

Los restos arqueológicos también influyen en el medio ambiente donde se encuentran puesto que no se debe construir cerca de ellos y, más bien, hay que dejar una zona adyacente de aproximadamente siete metros para cada lado, dentro de la cual solo debe existir tierra y, eventualmente, una plantación que no requiera mucha agua como es el caso de los cactus o buganvillas. Así, el Camino Prehispánico queda debidamente protegido. Salvo una pequeña construcción hecha muy cerca de él antes que fuera declarado monumento histórico, la Universidad ha cumplido con dejar el área adyacente sin utilizar.

El Camino Prehispánico, desde luego, es también un monumento de nuestros antepasados que constituye testimonio histórico del Perú Antiguo y que debe tener nuestro profundo respeto como toda obra importante que procede del trabajo humano.

El ciclo de la vida vegetal

Todos los que estudiamos y trabajamos en la Pontificia Universidad

Católica del Perú nos sentimos muy orgullosos de que nuestro *campus* se haya mantenido como una suerte de parque verde dentro de la Ciudad.

En buena medida, ello se debe a la forma en que las autoridades universitarias de la década de 1960, presididas por el rector de entonces R.P. Felipe E. Mac Gregor S.J., diseñaron el *campus*.

Don José de la Riva-Agüero y Osma falleció en 1944 y, en su testamento, había dejado como heredera de todos sus bienes a nuestra Universidad. Entre esos bienes estaba el Fundo Pando, una hacienda conformada por nuestro actual *campus* y varias de las urbanizaciones que ahora lo rodean.

La Universidad desarrolló esas urbanizaciones, con las cuales pagó buena parte de las instalaciones universitarias actualmente existentes y reservó el terreno del *campus* de una manera particular: hizo que su extremo más elevado coincidiera con el paso de una acequia de manera que, con las autorizaciones debidas, se pudiera sacar agua de ella y proceder al riego.

Uno de los problemas graves que tiene la vida vegetal en Lima es que el agua es escasa porque casi nunca llueve (la última lluvia fuerte y larga que hubo en Lima fue en enero de 1970).

La previsión de poder tomar agua de la acequia y hacerla bajar por gravedad regando el *campus*, fue muy importante para permitir que los árboles, las plantas y las flores que nos rodean pudieran vivir: sin agua no hay verdor.

Por supuesto, las áreas verdes requieren cuidado humano y, para ello, existe un equipo de jardineros que día a día las riegan y mantienen y es gracias al trabajo de estas personas que tenemos vida vegetal en nuestro ecosistema.

En todo esto hay, sin embargo, un problema: las aguas de la acequia con que se riega no son limpias. Eso fuerza a hacer el riego durante los fines de semana para evitar olores que distraigan la realización

de las labores académicas y obliga a un permanente control sanitario de las áreas verdes para evitar problemas de salud.

Hasta ahora, este sistema de riego cumplió adecuadamente su función. Sin embargo la vida sigue y con ella mejora la tecnología: la Administración de la Universidad está evaluando procedimientos de última generación para el tratamiento de las aguas de riego de manera que se las use completamente limpias. Eso nos beneficiará de muchas maneras: permitirá regar permanentemente y con sistemas modernos de distribución del agua; evitará olores fuertes que molesten en la realización del trabajo académico y garantizará mejor aún la salud. Como vemos, también el agua con la que regamos tiene importancia muy grande en el medio ambiente. Después de todo, el agua fue siempre considerada como el origen de la vida.

El ciclo de la vida animal

Hace unos meses, una mañana, en el jardín central frente al ingreso de la Universidad por la puerta de la avenida Universitaria, frente a la agencia del Banco Continental, se había formado un amplio círculo de alumnas y alumnos sin que, desde lejos, se pudiera ver una razón aparente para que ello ocurriera. Me fui acercando y, antes de que llegara al grupo, la gente que lo conformaba empezó a aplaudir llena de sonrisas. Cuando pude hablar con una de las personas que estaba allí le pregunté:

¿Qué pasa?

Es que el venadito que acaba de nacer ya se puso de pie, me contestó.

Así es nuestro *campus*: un día a las diez de la mañana, en el jardín central, la venada preñada da a luz y todo el mundo la respeta y se alegra.

En nuestro *campus* la vida animal es muy variada. A la familia de venados hay que añadir las ardillas que aparentemente se instalaron cuando alguien soltó unas mascotas entre los árboles que sobrevivieron y se reprodujeron. Hay una inmensa variedad

de aves que incluyen palomas visibles por todas partes y loros, audibles cada vez que, en bandada, cambian de un árbol a otro gritando alegremente.

En los árboles más altos, sin que las veamos por sus habilidades de mimetización, viven aves de presa que han encontrado en nuestro medio su forma de vida. Un día pregunté:

¿Si cazan a las aves del campus, por qué no tratamos de eliminarlas? Es que también cazan roedores fue la respuesta para pedir que por favor se quedaran entre nosotros.

En el ciclo de la vida animal dentro del *campus*, seguro que menor cantidad de aves de presa sería equivalente en poco tiempo a mayor población de roedores y eso no sería bueno porque, a decir verdad, estos últimos no molestan mayormente en la actualidad a pesar de los grandes espacios verdes que existen.

El rompecabezas de la flora y la fauna

En un ecosistema manejado por el ser humano, como ocurre con nuestro *campus*, los ciclos de la vida animal y vegetal requieren aplicación de ingenio. No es como, por ejemplo, en la selva virgen donde las cadenas de vida han ido logrando su equilibrio durante cientos y hasta miles de millones de años.

Así, nosotros debemos pensar en tener árboles que permitan la vida de las ardillas y otros de los loros, palomas y aves de presa respectivamente. No hacerlo es como quitarles su casa y obligarlos a irse o a desaparecer, lo que alteraría el ciclo vital ya alcanzado.



Pero para los caminos de la gente y los estacionamientos de los autos, debemos poner árboles que no acojan pájaros para que no ensucien en la línea vertical descendente, lo que cuando ocurre puede llegar a ser muy molesto, ya sea que caiga sobre la persona o, inclusive sobre su automóvil.

Además, hay que cuidar que los venados no se coman todas las flores y que las miles de palomas no ensucien los planos verticales de las paredes. Se les impide hacer esto último poniendo un hilo suspendido del piso con unos pequeños clavos a lo largo de toda la pared y justo en el borde del techo. Parece que el equilibrio no es el fuerte de las palomas y, entonces, en vez de pararse en el hilo del borde lo hacen un poquito más adentro, sobre el techo. Con ese pequeño truco es suficiente: ya no quedan a tiro para poder ensuciar la pared vertical.

“Una ciudad no es limpia porque se barre, sino porque no se ensucia”

Esta frase presidió, hace algunos años, una de las campañas generalmente infructuosas de la Municipalidad de Lima para educar a la gente a no tirar basura en las veredas, en las calzadas o en los parques.

El *campus* de nuestra Universidad, sin embargo, ha logrado el éxito: a pesar de la altísima concentración de gente, las personas nos hemos comprometido con la limpieza y tratamos de hacerlo lo mejor posible. Para ello existen basureros ubicados en diversos lugares, tanto abiertos (jardines y sendas) como cerrados (aulas, cafeterías). Además, los basureros son ecológicos pues los diferentes colores indican al usuario si son para descartar restos, papeles, plásticos u otros. Es muy claro que la conducta humana es trascendental para lograr un medio ambiente saludable.

Las tecnologías energéticas limpias

El ingenio humano no cesa de idear cosas nuevas que permitan una mejora constante en cada uno de los aspectos de la vida humana. Uno de ellos es la producción de energía.

La energía mueve la vida diaria: quemamos calorías para hacer funcionar nuestros cuerpos, pero también enchufamos a la energía eléctrica la mayoría de los aparatos que nos rodean y quemamos derivados de petróleo en los vehículos para hacerlos funcionar.

En el *campus* de la Universidad, un grupo de ingenieros ha decidido mostrar las técnicas de generación de energía limpias para la vida del planeta. Han construido bombas de agua manuales, sistemas de acumulación de energía eléctrica con luz solar y otros equipos similares que todos los años son visitados por miles de estudiantes de colegio. Su centro de operaciones es una construcción denominada *La Casa Ecológica*. Vale la pena visitarla.

Está bien, pero no es para tanto

Hace tal vez veinticinco años, ni el Parque de las Leyendas ni el *campus* de la Universidad tenían los dos muros perimetrales con los que ahora cuentan. Yo tenía que preparar un examen de mi curso de *Introducción a las Ciencias Jurídicas* de la Facultad de Derecho y se me ocurrió inventar que el león del zoológico se escapaba, llegaba un medio día al *campus* previsiblemente hambriento y se comía buena parte de la carne preparada en las cafeterías más loncheras que los estudiantes habían traído. Luego, sin matar a nadie, se había tirado a hacer la digestión en un jardín, como si no pasara nada, porque los leones son tan fuertes que pueden echarse a dormir prácticamente en cualquier sitio (sea nuestro *campus* o la selva de verdad) sin temor a despertarse sobresaltados porque alguien los pretenda asaltar.

Después de responder a los aspectos jurídicos del problema uno de los alumnos comentó que sería interesante tener un león en el

campus aunque, desde luego, con ciertas seguridades. Ante esta propuesta, otro dijo:

¿Un león en el campus? Está bien que seas ambientalista pero... ¡No te pases!

¿46 años del TUC?

Carlos Tuccio

Ante la gentil invitación de César Gutiérrez Muñoz para que participe con alguna experiencia mía sobre mi corto paso por la PUCP, ahora que ésta va a completar sus 90 primeros años de existencia, qué mejor que recordar el inicio de la actividad artística actoral, de la que formé parte, puesto que ya contaba la Universidad con la Academia de Artes Plásticas a cargo del eminente profesor Winternitz y no tenía como San Marcos, siquiera un grupo de teatro.

Es el caso que un día de agosto de 1950 convergimos en el patio de la casona de Riva-Agüero un grupo de amigos y estudiantes de distintas facultades; pues estábamos de Derecho, Ingeniería y Ciencias Económicas, que recuerde, con el R.P. Ramón María Condomines, quien era profesor de *Filosofía del Derecho*, y a quien le propusimos que nos apoyara para que bajo su dirección, formáramos un grupo de teatro. Esa idea fue aceptada por él muy entusiastamente, pero, nos pidió que se formara un pequeño grupo de nosotros para ir a hablar con el rector magnífico (que así se le nominaba entonces) R.P. Rubén Vargas Ugarte y solicitarle su apoyo. Así lo hicimos, y al día siguiente el padre Condomines con tres compañeros, uno por cada rama de estudios, solicitó entrevistarse con el Rector que recibió nuestro pedido con total simpatía y deseo de colaboración, ofreciendo conseguir una partida para el próximo año que cubriera los gastos de profesores y de operaciones, así como el montaje de una obra para celebrar el Día de la Universidad, así en el mes de enero de 1951 empezamos las clases de teatro con el señor Mario Rivera quien acababa de llegar de Francia y nos dictaba los cursos de introducción a la actuación; la señora Trudy Kressel eximia bailarina de Ballet moderno que venía de triunfar en Europa y Oriente, nos daba lecciones de porte escénico, soltura y manejo del cuerpo y expresión corporal; además del propio Padre que nos dictaba sobre mitología, expresión oral y nos dirigía en la obra de teatro con que nos inauguraríamos que

fue el "Edipo Rey" de Sófocles, que por primera vez en el Perú subió a escena el viernes 26 de octubre en el Teatro Municipal y con el acompañamiento musical de la Orquesta Sinfónica Nacional dirigida por el maestro Theo Buchwald. Es conveniente resaltar que los tres días de representación fueron un lleno total con una benevolente aceptación tanto del público como de la crítica de la época que la había en los diarios y revistas más importantes. Eso impulsó al padre Condomines a presentar a los escasos tres meses, el 23 de noviembre, en el Teatro Municipal la obra del escritor español Antonio Buero Vallejo "Historia de una escalera" de ingrata recordación porque si bien se apreciaron las aptitudes escénicas de los intérpretes, la concepción de la obra fue desfigurada por el diseño y calidad del vestuario que contradecía la sordidez del tema. Sin embargo, la resonancia que tuvo el debut, llevó a que se le encargara al padre Condomines la dirección de una obra radial que conmocionaría Lima, como lo hizo con otras capitales de Sudamérica, "El Derecho de Nacer" fue la obra que, a parte de la Universidad, y ya en forma profesional, muy bien remunerada en su momento, nos ocupó casi todo el año 1952. Paralelamente se comenzó a ensayar "La violación de Lucrecia" que se estrenó en la sala de la Sociedad "Entre Nous" y en la que tuve que abandonar el papel de Tarquino por discrepancias de carácter absolutamente personales con el padre Condomines, y que el paso de los años confirmó que él tuvo la razón. Este sacerdote, de quien guardo gran respeto, cariño y admiración y que impartía la filosofía existencial, continuó con el Instituto de Arte Dramático hasta el año 1953 en que fue solicitado de ausentarse del Perú por el entonces cardenal Juan Gualberto Guevara por su participación en la dirección de la obra radial antes mencionada. Con ello estuvo momentáneamente descerebrada la institución que quedó un tiempo a manos de Mario Rivera, luego tengo entendido que años posteriores fue revivida por iniciativa y empeño de alumnos como Guillermo Nieto y Yolanda Osterling quien, me parece, efectúa las gestiones ante monseñor Tubino para la contratación de Ricardo Roca Rey, el mismo que por sus múltiples ocupaciones no podía cumplir el encargo y recomienda a Ricardo Blume para que se haga cargo de la dirección de los alumnos de teatro de la PUCP, y surge el nuevo nombre de Teatro de la Universidad Católica (TUC) dejando sin

continuidad la nomenclatura de Instituto de Arte Dramático que tuvo en sus inicios.

Estoy seguro de que la excelencia que consiguió y continúa en la actualidad se debe al talento y perseverancia, tanto de Ricardo Blume como de sus siguientes directores, hoy, muchos de ellos, insignes profesionales, pero como toda sólida construcción, también, a sus cimientos, puestos en 1951 hasta 1953 y sus sobrecimientos de 1954 a 1961. Al menos, yo, hasta ahora siento que llevo la camiseta teatral de la PUCP, llámese como se llame y estoy muy orgulloso de ello y de ella, pues es muy duro abrir zanjas profundas en suelos muy adversos como el nuestro, pero gratifica enormemente cuando se puede contemplar una estructura hermosa, futurista y preparada para recibir un sin número de pisos más.



Carlos Tuccio representando a Edipo Rey de Sófocles en el Teatro Municipal, en 1951.

Ahora bien, sólo quisiera añadir algunas anécdotas de esos años iniciales que puede ser grato conocer:

La primera, que el vicerrector señor doctor Víctor Andrés Belaunde, quien después fuera Presidente de las Naciones Unidas, se inscribió como "hombre barba", denominación que se da a los actores que representan ancianos en las obras de teatro.

Que los asistentes a palcos bajos y altos, así como a platea iban vestidos de etiqueta; los caballeros de smoking y las damas con traje largo de fiesta y lujosos abrigos.

Las funciones comenzaban a más tardar a las 7:00 p.m. puntualmente, y está demás decir que no sólo no se comía en la sala, sino que era hasta mal visto masticar chicle durante la función.

Que, desgraciadamente, y sólo en un éxito como el que presentaba la Universidad, había público para tres funciones seguidas y luego había que retirar la obra.

Que cuando se irradiaba "El Derecho de Nacer", a las 9:00 p.m., no circulaba un automóvil en Lima y probablemente en todo el Perú. Hasta se decía que el presidente Odría suspendía los Consejos de Ministros para no perderse un capítulo.

Que el vestuario de "Historia de una escalera" fue confeccionado en terciopelo para los hombres y en raso el de las mujeres aunque todos vivíamos en un "conventillo" y que fue lo que la crítica censuró.

Que al actor que hizo de Tarquino en "La violación de Lucrecia", en la segunda función, al tomar el puñal con que iba a matar a Lucrecia, se le deslizó entre los intersticios del escenario y con la mano vacía dijo: "con este puñal voy a dar muerte a la mujer que amo".

Que el padre Condomines era el párroco de la iglesia del "Buen Pastor", ubicada por el cementerio a donde nos hacía asistir a misa los domingos y escuchar sus sermones en términos existenciales, como era su filosofía, y por ser tan eruditos muchas veces no llegábamos a entenderlos. También, tenía un parecido físico a Pío XII a quien imitaba con sus ademanes, en sus actos litúrgicos.

Guardaré para otra oportunidad otras anécdotas de la época y sólo me queda dejar constancia de mi permanente agradecimiento a todos y cada uno de los maestros que me forjaron con sus lecciones en lo académico como en lo artístico, las sólidas bases morales y culturales en la que se ha sustentado el desarrollo de mi vida y mi actual desempeño como actor.

La EPUC: remembranzas y nostalgia

Alfredo Vignolo Maldonado

*La prensa no es
el Cuarto Poder del Estado
sino el Primer Poder
de los pueblos libres.*

Generosamente invitados a participar en esta edición especial de *Vida universitaria* por tan apreciado amigo, César Gutiérrez Muñoz, Archivero de la PUCP y copartícipe en el desarrollo de esta nuestra querida Universidad Católica, no hallamos razón ni motivo más precisos para depositar esta ofrenda al iniciarse el nonagésimo aniversario de su fundación, y a la memoria de su ínclito visionario, R.P. Jorge Dintilhac.

Para ello abrevamos en fuente memoriosa y nos valemos de esa constante resaca espiritual que nos acorta tiempos y espacios para situarnos en lo que ha sido el nidal donde decidimos lo que es, hasta estos momentos –60 años ininterrumpidos en este quehacer– nuestro destino vital. Y seguimos compartiendo, pese a la lejanía insondable del ayer, inquietudes, esfuerzos, fe y esperanza que guiaron, sin merma, a Matilde Pérez Palacio Carranza, fundadora y directora de la primera Escuela de Periodismo establecida en el país, almárgo de cepas existentes aún, en profesionales y personas a quienes unió, además, fraterna amistad. La obra pues continúa inacabable mientras haya exalumnos de la EPUC y sus descendientes, ejerciendo periodismo, relaciones públicas o publicidad, especialidades en las que fue iniciadora la Escuela.

En esta ocasión, tan propicia y significativa, cumplimos antiguo deseo y deber postergados, sin propósito, de rememorar a quien nos unió un afecto amical con rango de hermanos y colegas: José Bravo Laines, cuya sorpresiva partida es real porque nuestros sentidos no le alcanzan, pero percibimos su presencia al escribir cada cuartilla y seguir esta profesión que ambos amamos sin medida.

Para algunos fue una aventura, para otros una empresa pasajera –casi momentánea–; hubo escépticos, pero más fuimos los seguros del empeño. Entre éstos, el Padre Jorge apoyó la idea y bendijo la propuesta de Matilde de “orientar la extensión cultural de la juventud hacia una especialización al servicio del periodismo”. La sólida formación ética y profesional fueron las metas. Identificados con este noble propósito, setenta alumnos iniciamos la gesta a las cuatro de la tarde del 9 de mayo de 1945, en una de las aulas que fueron de estudiantes del colegio La Recoleta, en la Plaza Francia.

En ese grupo de avanzada estuvimos dos sanmarquinos que seguíamos Letras y después Derecho: Reynaldo Martínez Parra y el autor de estas líneas; un médico en ejercicio, Mario Accinelli; un profesor de idiomas y traductor, Abelardo Ortiz Dueñas; un periodista y escritor, Guillermo Rouillón, autor más tarde de un documentado trabajo sobre José Carlos Mariátegui; un longevo jubilado que todavía llenaba cuartillas en su casa de Barranco; un economista y bancario que escribía en un boletín institucional; maestras de colegio interesadas en aprender técnicas de comunicación para su trabajo, y otros muchachos que, como era natural, no terminaron. Entre las maestras, Isidora Sánchez Salazar fue la primera mujer en graduarse como periodista, y su hermana Elvira laboró muchos años en *El Comercio*.

Como un aval anticipado y respaldo a la propuesta de Matilde, los entonces diputados Emilio Delboy y Ernesto More –ambos periodistas de notable prestigio–, presentaron en su Cámara un proyecto de ley en el que expresaron: “las escuelas de periodismo son tan indispensables en los medios que se llaman superiores, que se pudiera afirmar que su frecuencia se mide por el grado de cultura de los países donde prosperan”².

El 20 de marzo de 1945 el Consejo Superior de la Universidad acordó la fundación de la Escuela, a cargo de su promotora, Matilde Pérez Palacio Carranza. Suponemos que por error o descuido de fuentes, en el libro *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1917-*

² San Marcos, revista de la UNMSM, N° 1, julio-agosto 1947.

1987) su autor, Teodoro Hampe, dice que Matilde “retuvo la dirección de esta Escuela durante sus 27 años de existencia”³. Retener puede significar –o entenderse– impedir que otro asumiese el cargo. Nunca fue así; los sucesivos éxitos de la Escuela, la escrupulosa gestión de su directora, su lealtad incommovible con la Universidad y la demanda en el mercado laboral de sus exalumnos, hicieron que fuera honrosa y justamente ratificada después de cada ejercicio.

Invitada a participar en un Congreso Interamericano de Escuelas de Periodismo, Matilde viajó a Bogotá en 1947; presidió una de las Comisiones de trabajo sobre programas de enseñanza. Después, por el valor de sus aportes, participó en otros eventos semejantes en América y Europa, en los que se le confió la presidencia. En 1959 intervino con claras propuestas y fundamentos en la creación del Centro Internacional de Enseñanza Superior de Periodismo para América Latina (CIESPAL), con sede en Quito. Y con el apoyo financiero de la Comisión Episcopal Alemana Adveniat se realizaron en nuestra Escuela importantes trabajos en el Centro de Investigación. Ya estaba en pleno desarrollo el primer Curso Superior de Relaciones Públicas, gracias al convenio suscrito por la Escuela y la Comisión norteamericana Fulbright, en 1958. Para ello llegó de Chile el experto estadounidense Howard Stephenson; con su autorización y sobre la base de sus clases la Escuela publicó el libro *Relaciones Públicas*. Después llegó otro profesor, de apellido Withaker. Al término del convenio asumieron profesores peruanos; entre éstos, Benjamín Vargas Nadal y Moisés Arroyo Huaniria. Incansable Matilde en promover la formación



³ Teodoro Hampe Martínez. *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1917-1987)*. Lima: Fondo Editorial PUCP, 1989, p. 137.

de expertos en Ciencias de la Comunicación Social, con miras a la profesionalización, en 1967 la Escuela convino con la Asociación Peruana de Agencias de Publicidad –APAP– el dictado de un curso de publicidad.

Con la activa participación de José Bravo Laines la dirección de la Escuela organizó una “mini editorial” para la publicación mimeográfica de la serie *Cuadernos*, con los cursos que se dictaban. Se llegó a ofrecer más de treinta títulos. Recibió la responsabilidad un destacado exalumno, Mauro García.

La educación, como valor para el desarrollo humano y el progreso nacional, recibió apoyo mediante un evento para profesores de los colegios de Lima metropolitana, para quienes se organizó cursos de periodismo a fin de que apliquen esta especialidad con sus alumnos. Fueron los pasos decisivos para el Periodismo Escolar, hoy en auge. Las clases se impartían durante los períodos vacacionales. Cientos de maestros se beneficiaron con este servicio. También en estas jornadas asumió importante diligencia José Bravo Laines. Igualmente en los cursos organizados para trabajadores y dirigentes sindicales, a los que se orientó en labores de comunicación. Asimismo en el Curso de Capacitación para periodistas de provincias.

En el devenir de la EPUC hubo hitos determinantes. El 11 de junio de 1948 el Estado reconoció oficialmente los estudios que impartía la Escuela; la Resolución respectiva la firmó el ministro de Educación, general Óscar N. Torres Velásquez. Era presidente de la República José Luis Bustamante y Rivero.

Matilde, diputada por Lima, presentó, con otros legisladores que se adhirieron, el proyecto de ley para reconocer la categoría de profesión al periodismo. El 28 de setiembre de 1965 el presidente de la República, Fernando Belaunde Terry, promulgó la ley pertinente, la N° 15630. Dos años después de fundada nuestra EPUC, San Marcos abrió su Escuela de Periodismo, en 1947. El primer director fue el argentino José Gabriel. Poco después asumió el periodista español Corpus Barga. Siguieron las universidades San Antonio Abad del Cuzco, la de Trujillo y San Agustín de Arequipa.

José Bravo Laines

Se convirtió en verdadera personalidad emblemática de nuestra Escuela aquel joven de aspecto casi colegial, egresado del San Luis de Barranco, su plantel marista que tanto quiso. Entró a la oficina de la Dirección –en la Plaza Francia–, con paso seguro y decidido a convertirse en periodista ¡de los buenos! como llegó a serlo. Y amigo entrañable, cuyo recuerdo es perenne; está fundido en cada corazón de quienes lo conocimos. Indudablemente Matilde no se equivocó cuando llegó a confiarle parte importante de la marcha de la EPUC.

De sonrisa inalterable –salvo ocasiones excepcionales–, llamó siempre la atención su extraordinario don de gentes y el peinado que le fue tan propio: con la raya en el lado derecho. Poco a poco se convirtió en el archivo, como buen memorista e infalible al que acudíamos cuando se nos esquivaba alguna referencia, nombre o fecha sobre la Escuela, cuya Secretaría desempeñó con notable eficiencia, lealtad e identificación plena.

Al egresar con los honores de notas óptimas, ingresó al diario *La Crónica* –en el edificio de la avenida Tacna–. Allí compartimos espacio y horas de trabajo con él y otro exalumno, Carlos Rueda Pimentel. Estudioso incansable, se entusiasmó por la economía y el comercio; por su capacidad en ello, el jefe de Redacción, Pedro Morales Blondet, le confió la sección respectiva y a la vez su confianza y respeto. Simultáneamente se desempeñó en el Servicio Nacional de Adiestramiento en Trabajo Industrial –SENATI–, como eficiente jefe de Prensa. También laboró como periodista en la Cámara de Comercio de Lima.

A la vez que su calidad profesional, creció su capacidad de rendimiento, primando siempre la Escuela de Periodismo. Cada tarde entraba con paso raudo y debajo del brazo derecho un montón de papeles, revistas y material para su desempeño periodístico que cumplía en su hogar y en donde ejercía. Ya estábamos en el local de la calle de la Amargura; para llegar a la Dirección y Secretaría se pasaba por el “callejón” que aún existe entre el patio de ingreso y

el de adentro. Por la rapidez de su andar, Matilde decía, bromeando, "allí viene la moto..."

Las notas, los horarios, los innumerables eventos culturales y de divulgación periodística estaban virtualmente bajo su acertado y eficaz control, hecho que significó imprescindible ayuda para la Dirección y el profesorado. No había pausa ni tiempo para calmar apetitos, aunque el humillo del café de La Jaulita era invitador. Salíamos de la Escuela al final de la grata jornada; sólo los relojes lucían cansancio, con sus brazos en alto marcando casi las diez, como diciendo ¡paren ya! Matilde cerraba la reja y la puerta del local; algunos profesores y "Bravito", como ya le decíamos, la acompañábamos hasta su casa, en la calle Ormeño -jirón Carabaya- 1182. "Hasta cada rato", era su acostumbrada frase de despedida. Después, sin saber cómo (?), íbamos a tomar a veces una "cebadita" ... donde Pedro, en la esquina del teatro Colón; cuando hacía frío bajo la clásica llovizna limeña, pedíamos un cálido emoliente con harto limón.



Con motivo del cincuentenario de nuestra Universidad, en febrero de 1967, la Escuela realizó el seminario Ciencias de la Información, en homenaje también a la memoria del recordado Padre Jorge. Participaron más de cien personas, entre periodistas de Lima y provincias. En la organización y su desarrollo tuvo singular papel José Bravo, así como en la edición del libro que se publicó con los trabajos expuestos. Por eso Matilde dice, en su palabra prologal, que agradece "la responsabilidad y dedicación que puso en esta edición José Bravo Laines". Líneas antes la fundadora directora de la EPUC expresa: "Conscientes de esta responsabilidad (de formar periodistas éticos y cabales), contando en la Escuela con profesionales amantes de esta nueva ciencia de la Información, vimos la oportunidad de

intentar un temario que permitiese a los periodistas en ejercicio considerar las posibilidades que brinda la comunicación social desde diferentes ángulos, análisis que nos llevó a una importante experiencia: la inquietud y el sentido de responsabilidad de los que trabajan en un diario, una revista, radioemisora, canal de TV o una agencia de información". Entre las conclusiones de este evento se aprobó la siguiente: "La prensa no es el Cuarto Poder del Estado sino el Primer Poder de los pueblos libres"; la fundamentamos en nuestra ponencia Prensa y Derecho.

En el seminario en mención expusimos exalumnos-profesores como Moisés Arroyo Huaniria, Juan Antonio Robles Ramírez, José Velásquez Neyra, Emilio Herman Stava, Lorenzo Guzmán Yacolca y este escriba, y docentes como Antonio Lozano Ríos, Alejandro Gonzáles Loli y Benjamín Vargas Nadal, quien integró el cuerpo de enseñanza de Relaciones Públicas.

Entre otros tantos cursos, seminarios, foros que organizó Matilde figura el destinado a periodistas de provincias. En Lima estuvieron casi una semana, asistiendo a conferencias y trabajos a cargo de profesores de la EPUC y distinguidos invitados. Para ello se logró el importante auspicio de la entonces Internacional Petroleum Co. Bravo Laines tuvo en esto un papel de justo reconocimiento; consiguió por encargo de la Escuela, una página completa en los principales diarios, en la que los periodistas huéspedes publicaron breves notas sobre su experiencia. En *La Crónica* –donde laboraba Bravo–, él mismo colaboró con los colegas visitantes, inclusive en talleres.

Alegre, solidario, fraterno compañero de trabajo, era escurridizo en los ratos de bohemia que teníamos algunos profesores y exalumnos de mayor confianza y amistad. Sin embargo, era infaltable en reuniones y ágapes de camaradería por algunos cumpleaños o simplemente cuando nos lo pedía el cuerpo... Un guarique cercano fue la cena del chinito Tomás, en la calle Quilca, a media cuadra del teatro Colón. El grupo conversaba y reía en torno a la apetitosa fuente de lomo saltado, renovada varias veces. Siempre sobrio, su mayor y grato brindis era su risa y afecto.

Otro punto de encuentro, en cualquier momento, era la Escuela. Matilde la llamaba "El Choclón", porque allí conversábamos después de clase y robustecíamos la amistad profesores, exalumnos, estudiantes y amigos visitantes.

Ahora, 35 años después de la desaparición física de nuestra Escuela –porque sobrevive en cada exalumno–, parece fabulación recordar que cada vez que se hacía el presupuesto para el año siguiente había un "tira y afloja" entre Matilde y Bravo. Ella, aunque siempre justa, cuidaba al máximo la economía de la Universidad; y él, exceptuándose, abogaba por los profesores para quienes siempre lograba "alguito" de aumento.

Hasta que le llegó el tiempo del amor. Desposó a Isabel Vásquez –Chabelita en trato cariñoso–; también exalumna de la PUCP, de la Facultad de Ciencias Económicas y hasta ahora excelente profesional en el campo de Contabilidad. Compartimos su felicidad de padre de familia. Varias veces nos encontramos en una desaparecida tienda de la calle La Merced –Monterrey– comprando juguetes; él para Pepe, Hugo y Jorge, pequeñitos aún, y nosotros para los nuestros: Alfredo, Guliana y Luis Fernando. Otro punto de encuentro frecuente fue la añorada librería *Studium*, donde hacíamos acopio de libros recién llegados. Andrés Carbone, amigo desde cuando la librería estaba en la calle de la Amargura, junto al local de la Escuela, nos daba la noticia bibliográfica, con lo que también Matilde fue enriqueciendo la Biblioteca de la Escuela, que alcanzó a tener más de mil ejemplares. La bibliotecaria fue Emma Roncagliolo, dueña de una atrevida linda trenza en el cabello. En ese local de *Studium* había una chica de flacura flaquéisima, pero graciosa; le llamábamos Olivia, émula de la novia de Popeye...

Y llegó también el tiempo del dolor. Con visible entusiasmo viajó a Madrid, becado –por su indudable mérito– para un ciclo especial en el Instituto de Cultura Hispánica. Un fatal accidente de tránsito causado por un imprudente conductor, rompió como un cristal el sueño que empezaba a cumplirse. Lo inmediato no es para describirlo. Por el cariño, la admiración y el respeto que se le deparó, la Universidad, solidaria con el dolor de la Escuela y sus

miembros, así como de la joven familia Bravo Vásquez, coincidió en que el velatorio fuera en el primer salón que tuvimos en ese local para la práctica de los alumnos, en la Amargura 956, entrando, el que está al frente. Al día siguiente el afecto de los alumnos hizo que éstos pasearan por el patio de la Escuela una gran fotografía del amigo, el maestro, el compañero, el hombre cuya prematura ausencia dejó no solamente honda tristeza sino un vacío que nunca se intentó llenar.

¡Maestros!

Desde que Matilde fundó la Escuela se preocupó de tener colaboradores no solamente amigos sino reconocidos periodistas, intelectuales que han dado lustre a las letras peruanas y a la prensa. Inicialmente invitó a Jorge Puccinelli, honorable testigo de los primeros pasos; ejercía en *La Prensa*, y en la Escuela fue secretario, y como tal suscribió el primer título de periodista otorgado en el Perú; lo hizo conjuntamente con la directora fundadora y el ministro de Educación, general Juan Mendoza Rodríguez. En esa época la Escuela de Periodismo debía someterse a este trámite oficial.



Otro docente fue Sebastián Salazar Bondy, periodista, escritor, poeta y dramaturgo; era miembro de la Redacción de *La Prensa*. Mons. Luis Lituma, profesor de Ética, nuestro asesor de tesis; don Ricardo Walter Stubbs, periodista y

Grupo de alumnos de la primera y segunda promoción. Matilde al centro; a su derecha Ana Elías, primera secretaria de la EPUC. A su izquierda Alfredo Vignolo en el patio de su local de la calle de la Amargura 956. Año 1948.

poeta, autor de la elegía que leyó ante el féretro de Francisco Graña Garland, director de *La Prensa*, asesinado el 7 de enero de 1947. Ricardo José Maldonado, a cuyo cargo estuvo ese diario hasta que asumió Pedro Beltrán. Integró también la planta docente el diplomático, periodista y escritor boliviano Gustavo Adolfo Otero, asilado en Lima, donde escribió el libro *Historia del Periodismo en América*, publicado en 1946 por nuestra Escuela; es el primer texto que sacó la EPUC y lo imprimió la Editora Peruana, donde se editaba *Cuartillas*.

Después se incorporaron el padre Felipe Mac Gregor; Julio Ramón Bianchi, de *La Prensa* y luego redactor principal en *El Comercio*; Antonio Olivas Caldas, de las fraguas de *La Crónica* desde los días de su viejo local en la calle Pando, contiguo a la casa donde vivió el presidente Augusto B. Leguía; de ese mismo diario, Antenor Escudero Villar, prototipo del cronista acucioso y precursor del periodismo de investigación; una de sus mayores y exitosas campañas fue sobre política penitenciaria; a iniciativa suya se constituyó el Día del Periodista, propuesto por la Federación de Periodistas del Perú, en homenaje a *El Diario de Lima*, primero en su género fundado en América del Sur el 1 de octubre de 1790, por Jaime Bausate y Meza. Inolvidable por su inteligencia y capacidad docente, Mary Watson, de profesión bibliotecaria y después señora de Olivas, por su boda con Antonio. Maestro de altas dotes, Teófilo Ibarra Samanez, se identificó ampliamente con la Escuela y volcó su saber sin límite. Onorio Ferrero y Alejandro González Loli enriquecieron el profesorado como lo hizo antes José Antonio Miró Quesada, que ofrecía clases prácticas en su despacho de *El Comercio*. La relación de maestros es larga y enaltecida.

El padre Hubert Lanssiers honró el cuerpo docente y con su asesoría la Asociación de Exalumnos realizó un seminario sobre Libertad de Prensa, en plena dictadura de Velasco. Se efectuó en el Instituto Riva-Agüero. Participamos profesores e invitados.

Entre otros, de excelente desempeño, dejaron su impronta Moisés Arroyo Huaniría –autor del libro *Investigación en los medios de comunicación*, publicado por la Escuela de Periodismo en 1969;

colaboró el profesor Julio Ramón Bianchi. Se hizo el trabajo con la asesoría del experto Ramiro Samaniego. Hace años Moisés escribe textos para la Escuela de Periodismo “Jaime Bausate y Meza”; Juliana Sorsky –ahora señora de Sneiderman– autora del libro *Importancia de la fotografía en el periodismo*, primero de su género en el país, escrito sobre la base de su tesis; Dolores Gálvez Cervantes, periodista y escritora, fue jefe de Práctica durante algún tiempo, y autora de la novela *Sombras en el agua*, que tuvo notorio éxito; Juan Antonio Robles, psicólogo clínico en San Marcos y profesor en nuestra Escuela, publicó, entre otros, su libro *Estructura y dinámica del psiquismo*, aplicado en su curso; Leonor Vinatea Canturias, artista plástica y profesora de *Dibujo Publicitario*; José Velásquez Neyra, periodista de *La Prensa*, un tiempo jefe del Suplemento Dominical y después gerente de Publicidad en *Última Hora*. Rubén Lingán, con quien tomábamos la prueba de ortografía en los exámenes de ingreso y, sin darnos cuenta (?), competíamos en el escogimiento de corbatas...; Vladimiro Coloma, Lorenzo Guzmán Yacolca y Raúl Francesqui cumplieron larga y empeñosa labor, entre tantos más, como César Martín Barreda, editorialista sobre asuntos económicos en *La Prensa*, dirigida por Pedro Beltrán.

Mención aparte, por su alta calidad docente y bonhomía, Leopoldo Vidal Martínez, a quien ofrendamos un modesto artículo en homenaje a su memoria en *Nuestra Gente V*, 43, 2006.

La práctica

Desde que comenzaron las clases se implantó un programa de práctica constante. Los alumnos que integramos la promoción inicial trabajamos en el periódico *Cuartillas*. Se propusieron varios nombres y resultó elegido éste, sugerido por Emilio Herman Stava –segundo en obtener título de periodista en el país, expedido por nuestra Universidad– y emigrante después a España. Matilde habilitó la Sala de Redacción contigua a la Dirección y Secretaría, en la inolvidable cuna primigenia de la Plaza Francia. Ese añorado espacio es ahora una playa de estacionamiento con acceso por el jirón Acisclo Villarán.

Profesores y alumnos corríamos pluma; los primeros corrigiendo y orientando y los segundos cumpliendo el clásico Cuadro de Comisiones. Había de todo, desde el editorial hasta informaciones, crónicas, artículos, entrevistas, deportes, arte. Hubo una edición especial dedicada a las Olimpiadas Universitarias de 1947, en el viejo Estadio Nacional, con sus tribunas de madera. La dirigió con gran acierto Alberto Pradel Suárez, de la primera promoción, incluyendo los últimos resultados y fotografías. Nos dimos el gusto de repartirla “calientita” en el almuerzo del Día de la Universidad, que se realizó en el patio del antiguo local del colegio La Recoleta, donde llegamos por el túnel que cruza, por debajo, la avenida Uruguay, uniendo dicho plantel y la Universidad de entonces.

El Padre Jorge se entusiasmó con la sorpresa; tenía a su lado al doctor Víctor Andrés Belaunde –padrino de nuestra promoción–. La edición fue de 16 páginas y distribuimos algunos ejemplares en puestos de periódicos cercanos a la Escuela; se agotaron. El costo de edición siempre se cubrió con publicidad; Matilde nunca recurrió a las entonces modestas arcas de la Universidad.

Alberto Pradel viajó después a Chimbote donde fundó y dirigió el periódico *El Día*, en colores, novedad que revolucionó la prensa norteña; luego sacó *El Mundo*, en la misma ciudad y la revista *Vox Populi* que, por su alta calidad editorial se imprimía en Lima. De vuelta a la capital, trabajamos juntos en la prensa chica, entre ésta el semanario *En Marcha*. Siempre hábil e inquieto, fundó y dirigió su agencia de publicidad 2001. Ahora disfruta un justo descanso, ya bisabuelo. Muchos otros exalumnos han hecho trabajos semejantes, lo que de veras honra la memoria de la Escuela de Periodismo y de su inolvidable fundadora y directora.

Con el aumento del alumnado se tuvo que intensificar la práctica. Se creó *Borriones*, periódico mural diario que llegó al millar de ediciones. Era vespertino e ilustrado con fotografías; éstas las tomaba generalmente Vidal Abad, redactor que destacó en la defensa de la naturaleza y el medio ambiente. Una vez hubo un incendio en el Rímac; le encomendamos cubrir la noticia a Óscar Espinoza Chueca. ¡Con foto! –se le dijo–. ¿Y la máquina? –preguntó–.

Nuestra Escuela no la tenía. Que la tome un ambulante de los que hay en la calle, se le propuso... Una hora después regresó con su libreta de apuntes con los datos requeridos y la foto que él pagó. Por si acaso, en la Redacción no hubo nunca caja chica para estas circunstancias, para movilidad de los noveles redactores, ni para el cafecito. Sobró, sí, vocación, afecto y trabajo.

Era el momento de los malos noticiarios radiales. La televisión todavía no bostezaba. Matilde, emprendedora infatigable, habló con gente amiga y se incorporó el curso de *Periodismo Radial* que se practicaba en Radio Lima, de los Aramburú, en la esquina de Uruguay y Wilson. Alumnos de voces melifluas leían los editoriales, las noticias y hacían las entrevistas. Recordamos a Haydée Rivas Vallejo, Luz Imelda Acosta –que después trabajó en *Radio Unión*, con un programa propio–, Enrique Flores Galindo –profesor en nuestra Escuela y más tarde en la Facultad de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de San Martín de Porres–. Pasados unos meses, las prácticas se hicieron en *Radio Colonial* –en la calle Plumereros– por cortesía de su gerente general, Juan Sedó.

Habría mucho más que decir en este rubro de la práctica. Baste revivir los días en el taller de la *Editora Peruana*, de don Ramón Venegas, donde se hacía adiestramiento con *Cuartillas*. Allí los muchachos degustaron el aroma de la tinta de imprenta, aprendieron a leer los lingotes de plomo, manejar el componedor para armar frases con tipos de caja; conocieron chibaletes, fornituras y las ramas para armar cada página y corregir las últimas pruebas con lápiz morado sobre las hojas húmedas, hasta



En clase de práctica de "Cuartillas". En la mesa, el profesor Alfredo Vignolo, a su izquierda Pilar Soler Llerena, José Velásquez Neira y Felipe Márquez. Al frente, Regnier Rodríguez; en la máquina, Domingo Tamariz.

que entraban las páginas a la máquina plana “Chandler”. ¡Oh! días gozosos, horas de gloria, con cajistas, linotipistas y armadores que fueron verdaderos maestros: don Abel, Zevallitos –pequeño él con su mandil de cartón amarrado con pita–; don Julio y “Goerin”, amigos que encantaban con el tintineo de las matrices que caían en cascada del “magazine” del mágico linotipo. Y en ese ambiente de trabajo y aprendizaje, amistad y colaboración, la figura de Matilde, con su sombrerito de paño celeste de la época, honrando muchas veces las páginas en plomo al coger, sin escrúpulo, lingotes entintados...

Vale citar otras prácticas que hubo con alumnos de la Escuela. Se colaboró con la Iglesia, con el primer cardenal del Perú, Mons. Juan Gualberto Guevara; también con Mons. Ricardo Durand Flórez, que tuvo a su cargo la campaña anual DOMUND; igualmente con el cardenal Juan Landázuri Ricketts, promotor del semanario católico *Actualidad*, que dirigió el periodista polaco André Ruszkowski, docente en nuestra Escuela. Y durante tres años se ayudó en la campaña de la Cruz Roja Peruana, que presidió el ilustre médico Miguel Aljovín y gerenció don Roberto Thorndike.

Fruto graneado

Es imposible y sería fatuidad citar la pléyade de exalumnos de la EPUC que han prestigiado y siguen haciéndolo, muchos de ellos en los medios de comunicación social, empresas públicas y privadas, ministerios, municipalidades e instituciones diversas.

Como quien baraja un naipe, salen estos colegas: Orlando Vásquez Bernazi, redactor en *Actualidad* y más de veinte años en *El Comercio*, y su esposa Nora Pesantes, en la jefatura de la Página Femenina de ese mismo diario durante años; Humberto Castro Abarca, jefe de Redacción de la Revista *Actualidad Militar* y después director de Prensa y RR.PP. en el Ministerio de Industria; Alejandro Sakuda Maroma, periodista en diversos medios, director del diario *El Sol*, jefe de Prensa en el Museo de la Nación, director de nuestra revista *Brújula* y ex presidente de la Asociación de Egresados y Graduados de la PUCP; María Luisa Flores, directora fundadora

de la revista de nuestra UC, *Sinopsis*; Elisa Calmet, directora de la revista *Íntima* y jefe de Práctica en la EPUC; Dalmacia Samohod Romero, dedicada ahora al arte escénico; Julita Delgado, apasionada por el espectáculo de ballet y, en la Escuela, secretaria auxiliar encargada de los grados; Domingo Tamariz Lúcar, cariñosamente llamado "Taquito" y de quien se puede decir en qué periódico de la prensa chica no ha trabajado, desde que comenzó en *Pregón*, del recordado Amadeo Grados Penalillo; es autor de *Memorias de una pasión*, de la que hay tres tomos. Es una historia minuciosa de la prensa completa y sus protagonistas durante los últimos cincuenta años y una síntesis de los años veinte del periodismo limeño. Ahora es coordinador en *Caretas*.

No hay error al afirmar que en toda la prensa impresa de Lima y provincias han estado o siguen exalumnos de la Escuela. En la televisión ocurre lo mismo. Antonio Tineo Gamarra ha sido director de Prensa y jefe del noticiario de América TV; con él Luis Ángel Pinasco, Rulito –hasta hoy– y otros muchachos de la misma casta. En Panamericana son inolvidables Víctor Roca y Gerónimo. Antes de ellos, Jenny Vásquez Solís, fundadora del noticiario 24 Horas que salió al aire el 13 de mayo de 1973, con Pepe Ludmir como director; al poco tiempo "jaloron" a Jenny para *La Prensa*. Armando Cerna mantuvo mucho tiempo su programa televisivo "High Life". María del Carmen Rodríguez de Arce y R. de Velasco promovió la TV en Huancayo y fue presidenta de la Asociación de Exalumnos de la EPUC.

Mención singular para Alfonso La Torre –"Alat"–, profesor en la EPUC, jefe de la Página Editorial de *La República*, crítico literario, escritor y dramaturgo; escribió una pieza bellísima sobre el gran César Vallejo. Otra escritora y poeta de vasta producción es Rosa Cerna Guardia, con premios nacionales e internacionales, promotora y escritora de literatura infantil y autora de una exitosa campaña que hubo para evitar juguetes bélicos. Sus libros, entre ellos *Los días de Carbón* –enternecedora narración de un niño que recupera a su perrito–, son deleite y enseñanza, como *La niña de las trenzas azules* y *Tataramundo*, sus obras prototipo de hermoso estilo. Luis Felipe Quevedo Valderrama, cronista taurino en

Actualidad y otros medios, ha sido distinguido por el Congreso de la República. Y para no abundar más, Mainor Freire, reconocido autor de ágil narrativa; *Puro cuento*, entre otros, es uno de los más destacados; ejerce docencia en la Universidad Federico Villarreal. Igualmente Flavio López Solórzano, escritor, autor, entre otros, del libro *José Faustino Sánchez Carrión, fundador de La República*. Harold Forsyth, exalumno distinguido, siguió la carrera diplomática; ha sido embajador en Colombia e Italia y vice ministro de Relaciones Exteriores.

¡Amigos!

Tuvimos muchos y sinceros amigos de la Escuela. Es difícil una cita sin cribar y sin riesgo de omisión. Mas, cómo olvidar a Ernesto Alayza Grundi, Raúl Ferrero Rebagliati, el caballero Idiáquez, guardia de honor con Carlos Ramírez Alzamora, del primer cardenal del Perú, Juan Gualberto Guevara; obsequió una impresora Minerva –de platillo– que sólo podía accionar alguien de gran corpulencia... Y José Agustín de la Puente Candamo –Tintín, en saludo amical de Matilde y nuestro–; tuvo un gesto que nos conmovió cuando la Asociación de Egresados y Graduados tuvo la dadivosidad de designarnos Exalumno Distinguido, en 1999 –segundo grupo que accedió a tal prerrogativa–; nos dijo: “¿por qué cerraron la Escuela de Periodismo?” Nunca tuvimos respuesta. Tal vez se anime a dársela alguna de las dos personas vigentes, que influyeron en ello. En esa misma ceremonia se nos acercó el padre Felipe Mac Gregor; sin palabras, comprendimos su espontánea actitud; al abrazarnos, le dimos un beso en la mejilla.

El primo Pepe

Anduvimos juntos los mismos pasos con la EPUC, desde sus inicios, hace 62 años. Y continuamos juntos, recordándola y reviviendo la obra de Matilde, la amistad de José Bravo Laines, de Leopoldo Vidal y de profesores y exalumnos con quienes compartimos afecto, fe, inquietudes, éxitos y desazón en los últimos días de la Escuela.

Saboreó franquezas, solidaridad y momentos en que intercalábamos horas largas de trabajo con momentos cortos y a veces ligeramente “húmedos” de conversa en noches garuantes, por estas calles limeñas que había pues que recorrer para imbuirnos de la sapidez del incomparable costumbrismo local, criollo.

No hubo docente, egresado ni alumno que no le conocieran. Tampoco acontecimiento grato o infeliz en que no participara, salvo aquella noche en que por rechazo y pena, se inhibió de estar con nosotros. Fue en el último local que ocupamos en la Plaza Francia, cuando se tuvo que desprender de la fachada la placa que dice ESCUELA DE PERIODISMO⁴. Otra vez se necesitó no sólo fuerza espiritual sino muscular; la plancha de metal parecía aferrarse a su destino... Carlos Fernández Prada arrancó el último clavo; Matilde, treja, se ovilló entre sus propios brazos; nosotros sólo apretamos los labios; el grupo, pequeño, se agrandó en el silencio. De pronto llovizó...

¿Pero quién es el primo Pepe, personaje infaltable en estas remembranzas fraguadas en la nostalgia?

Es primo de este escriba; nuestra ligazón familiar nos une desde muy pequeños con un sentimiento querendón de hermanos y participamos de muchos hechos comunes que, además, nos identifican sin tasa. La Escuela de Periodismo es uno de los paradigmas relevantes y hermosos para ambos; aunque no estudió en ella por exigencias insalvables de su propio trabajo, coincidentemente en el vasto campo de la comunicación social: mercadeo y ventas, en lo que ha destacado sin regateo.

Hoy –¿a propósito?– pasamos por la vera de los que fueron locales y lugares ligados a la EPUC y sólo atinamos a mirarnos...

Dos anécdotas

Era usual que Matilde invitara a personalidades de la cultura, de la prensa y de otras ramas del saber para complementar el aporte

⁴ Meses después un exalumno nos visita en nuestro trabajo y nos entrega algo envuelto con notorio cuidado. Al abrirlo ¡era la misma placa! hallada casualmente entre los escombros del local en demolición... La tenemos honrando nuestro estudio-hogar.

docente de la Escuela. Una de las figuras que nos visitó en dos oportunidades fue Óscar Miró Quesada de la Guerra, hombre sabio que con toda la sencillez del maestro habló sobre el Periodismo Científico, que él dominaba. Su palabra serena y su paso lento fueron acompañados hasta la puerta por alumnos entusiasmados, ávidos de seguir escuchándolo.

Otro invitado fue Genaro Carnero Checa, entonces director de la revista *1947* –tenía el nombre del año en que salía–. Hubo quienes se escandalizaron; se negaban a aceptar que un periodista con ideas socialistas hablara en la Universidad Católica. No sabían que el “Negro” Genaro era un alma de Dios. Confirmándolo, se refirió a lo experimentado por él, de joven cronista. Se le pidió una crónica sobre la Semana Santa. Dijo que preguntó: ¿En pro o en contra...? Con lo que explicó cómo puede ejercerse el periodismo.

Los Emilios

Hoy son personajes de “historia antigua” en el arca de la memoria de quienes formamos parte de nuestra Universidad desde hace más de sesenta años. Sus figuras no se han esfumado con el tiempo; están allí como testigos ausentes de días pretéritos colmados de fe y sueños, muchos de ellos realizados.

Primero fue Emilio –Emiliano, nombre que nunca se pronunciaba– Lister, a cuyo cargo estuvo el primer local de la Plaza Francia. Con su paso pachorriento, gesto adusto y de vozarrón asustador para los miedosos, era en el fondo un hombre bueno, aunque aparentemente díscolo. Los alumnos de la Escuela le temían cuando se les “caía” algún papelito de los caramelos que llevaban para las chicas; el piso enladrillado tenía que lucir pulquérriimo, enjoyado con las flores amarillas del viejo árbol que contemplaba el Padre Jorge cuando cualquier tarde nos visitaba o simplemente gustaba dar un corto paseo por ese espacio tan suyo, ágora abierta que compartía con alumnos y profesores.

Lister parecía tener una especie de radar en su crespada calamorra.

Se asomaba por la ventanilla de la Secretaría y anunciaba que iba a llegar el Rector –alto cargo que casi nadie nombrábamos–; bastaba decir “el Padre Jorge”. Y en efecto, al poco rato aparecía, con ese su halo de hombre predestinado, con hábito albo, como la paz de su espíritu.

Disciplinado, Emilio Lister cuidaba el orden en el patio pidiendo silencio si algunos alumnos se pasaban de los decibeles aconsejables, cuando se paraban cerca del salón de clase.

Si se pasaba la hora de su trabajo, cansado pero contento, se asomaba por la Dirección de la Escuela sin decir palabra pero mirando su reloj... Clara advertencia que tenía que cerrar el portón y marcharse a reposar. Matilde, comprensible y bondadosa, guardaba sus papeles, los profesores que nos habíamos quedado corrigiendo tareas de los alumnos las encarpetábamos y salíamos conversando. Pero tanto se llenó el cántaro y la acumulación de trabajo, que Matilde cortó por lo sano: con anuencia del Padre Jorge mandó abrir una puerta pequeña en una de las alas del portón. Por allí salíamos muchas veces pasadas las nueve de la noche. Todavía se la puede ver, aunque sin significado para la mayoría. Parece un pliegue dejado por el ayer.

Los alumnos pedían copias de los cursos. La Directora de la Escuela comprendió la necesidad y los originales se los entregábamos a Lister, quien los mecanografiaba –o se lo encargaba a quien ya era su novia– y así aparecieron los primeros trabajos mimeografiados. Conservamos algunos. A veces nos aferramos a ellos, a la misma hora que tocaba la clase... ¡Quién tuviera el poder de volver a vivir ese tiempo!

Nuestro personaje le pidió a Matilde ser su madrina de matrimonio, a lo que ella aceptó gustosamente. Desde entonces Lister prefirió saludarla y dirigirse a ella con un sonoro ¡Madrina! como para que se le oyera bien y envidiáramos su orgullo muy justificado. Después estuvo internado en el Hospital Guillermo Almenara, conocido como Hospital Obrero, a donde le llevamos la visita amical; salió y se reintegró a sus labores. Al mudarse la Escuela al local de la

Amargura perdimos casi sus huellas, aunque su figura acriollada la seguimos conservando.

El otro Emilio ligado a la Escuela, después, fue Soto, alojado con su familia en los altos de la esquina, frente a la Iglesia de La Recoleta. Era experto en “mil oficios”; arreglaba cañerías, componía bancas y carpetas, instalaba conexiones eléctricas; era hábil con martillos y badilejos, brochas gordas y pinturas al escoger, clavos, alcayatas y tachuelas. Lo único ajeno a él fueron las antiguas máquinas de escribir que teníamos en la Redacción para la práctica de los alumnos; periódicamente o en alguna “emergencia” iba un técnico que sirvió a la Escuela más de quince años.

Emilio Soto mantuvo su idoneidad andina con grata y risueña expresión espontánea. Fiel a sus ancestros y costumbres, no renunció a ellos. La pérdida de un hijo –aún muchachito– no sólo entristeció su hogar sino que produjo en él hábitos ocultos.

A veces cuando se le buscaba para alguna ocupación, no se le hallaba. Quienes lo conocían informaban sin disimulada maulería: “está en su oficina...” Sí, allí estaba, en la trastienda de una chinería en la esquina de la Amargura y Acisclo Villarán; allí donde algunas noches frías, después de clase, pedíamos al paso un “caldo de pollo”...

Igual que Matilde –siempre cordial y afectuosa–, profesores y alumnos le tuvimos sincero aprecio a este otro Emilio, respetuoso siempre y atento, pronto ante cualquier requerimiento. De cabello hirsuto, sonrisa perenne y mirada triste, nos parece ver su andar por la Plaza Francia o en la entonces alegre calle de la Amargura.

Epilogo

La EPUC acabó institucionalmente a los 27 años; el último período de trabajo y formación de periodistas fue en 1972. Pero subsiste en cada exalumno que dignifica su origen de la Católica. Así, su vida docente y doctrinal será inextinguible.

Veinte años después, el 16 de agosto de 1992, Matilde Pérez Palacio Carranza ganó la gloria eterna, con esa tranquilidad de los justos y la certeza de que la Escuela que fundó seguirá siendo una obra de bien para el periodismo –no obstante la decadencia en que ha caído por la borrascosa competencia empresarial que, esperamos, sea superada aplicando olvidadas normas éticas–, para la sociedad y el Perú, esta patria nuestra que tanto amó.

Índice

<i>Presentación,</i> por Carmen Villanueva Villanueva profesora principal del Departamento de Humanidades	5
<i>El espejo tiene dos lados: ¿De cuál de ellos estás tú?,</i> por Mario Alva Matteucci	9
<i>Mi experiencia en la PUCP,</i> por Enrique Bernales Ballesteros	17
<i>El teatro entre mis recuerdos de la PUCP,</i> por Alfonso Castrillón Vizcarra	23
<i>Ingresar a la Católica en 1972 y no salir nunca,</i> por José R. Deustua C.	28
<i>Sigo siendo aquél. Mi primer día en el Fundo Pando,</i> por Hugo Medina Guzmán	31
<i>Los alumnos del 57,</i> por Yolanda Osterling	37
<i>El campus de la Pontificia Universidad Católica del Perú y el medio ambiente,</i> por Marcial Rubio Correa	43
<i>¿46 años del TUC?,</i> por Carlos Tuccio	55
<i>La EPUC: memorias y nostalgia,</i> por Alfredo Vignolo Maldonado	59

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Soledad Acosta Mondragón
Cinthia Llanos Ramírez
Luis Sandoval Gómez
Nelly Vidalón Barreto
Julio Güissa Milla
Beatriz Barbachán Ramos
Bárbara Mori Alva
Oriana Torres Benancio
Fredy Santisteban Huapaya
Carolina Uceda Castro
Álvaro Quiñones Huapaya
Archiveros

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Erick Ragas Rojas
Bibliotecario

El número 47 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta RyF Publicaciones y Servicios S.A.C., Jr. Manuel Candamo 350, Lince, el 24 de marzo de 2007, 90° aniversario del reconocimiento oficial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.